

CRÓNICAS IV

Narraciones de *Ayer* y de *Hoy*

Leonardo Reyes Silva



H. XII AYUNTAMIENTO DE LA PAZ
2007

CONTENIDO

Presentación.....	5
Prólogo.....	7
Crónica de la Baja California.....	9
Juan Ramos y la risa.....	16
Dos mujeres de la revolución sudcaliforniana.....	19
Recordando a Fernando Jordán.....	23
La defensa del medio ambiente en La Paz.....	27
El triunfo de Armando Trasviña.....	30
Recuerdos de Todos Santos.....	34
La bandera norteamericana en La Paz.....	37
Juárez y la presidencia de la república.....	40
Mi cuñada Cuca y los pájaros.....	43
La pintura rupestre y el rancho El Cajoncito.....	46
Iturbide y la “Guera” Rodríguez.....	52
Las lágrimas de Amalia Hernández.....	55
Ensenada de Muertos, un paraíso perdido.....	58
Manuel Márquez de León y Heraclio Bernal.....	61
Una sudcaliforniana del pasado.....	64
Isidro Jordán y la luna.....	67
El Manglito, un barrio con historia.....	70
¿Quién fue Modesto Rolland?.....	74
El Malecón, imagen de la ciudad.....	77
La revolución de Félix Ortega Aguilar.....	80
El barrio de El Choyal.....	83
Dominga G. de Amao, escritora de abolengo.....	86
Francia y la historia sudcaliforniana.....	89
Los recuerdos y Manuel Flores Bianch.....	92
El Triunfo y el Museo de la Música.....	95
Nemesio Vargas, un diputado singular.....	98
La esquina caliente de Guamúchil.....	101
Música, el incorruptible.....	104
Los dos míster.....	108
El barrio de la Isla de Cuba en La Paz.....	111
Una tradición sudcaliforniana, la Navidad.....	115
La bahía de La Ventana y el barco hundido.....	118
El Esterito, viejo barrio paceño.....	121
Un libro y el torneo de pesca.....	124
Urbano Angulo y El Semito.....	127

PRESENTACIÓN

Con especial interés he autorizado la publicación del libro de crónicas NARRACIONES DE AYER Y DE HOY del profesor Leonardo Reyes Silva, quien es el Cronista del Municipio de La Paz. Al hacerlo nos guía el propósito de afirmar los lazos culturales que distinguen a los habitantes de esta región de nuestro Estado, de los cuales forman parte importante los hechos acaecidos en el pasado, por todo lo que tienen de sustento para afirmar las raíces de la identidad sudcaliforniana.

En una entidad como la nuestra, de rápido crecimiento poblacional debido a la necesidad de mano de obra utilizada en los desarrollos turísticos, en el comercio y otras ramas de la economía, se hace necesario poder ofrecer a los grupos de mexicanos que llegan en busca de mejores niveles de vida y a los extranjeros que nos visitan, las muestras más representativas de nuestra cultura y el arte, sin dejar, por ello, de reconocer las manifestaciones que nos llegan de fuera.

La danza, la música, las artes plásticas, la literatura tienen expresiones muy particulares en Baja California Sur. Como la tienen también nuestras costumbres en la comida, en las formas de hablar y en las artesanías regionales. Son estas manifestaciones culturales las que le dan sustento a nuestro diario vivir y permiten seguir manteniendo las características que son propias de los sudcalifornianos y, en especial, de los paceños.

Bienvenida esta nueva obra del maestro Reyes Silva. Estamos seguros que como las anteriores, será bien recibida por el público lector, habida cuenta que es un loable esfuerzo de nuestro Cronista municipal.

Profr. Víctor Manuel Castro Cosío
Presidente Municipal de La Paz.

PRÓLOGO

Las crónicas que contienen la presente obra fueron escritas en los años de 2004, 2005 y 2006 , mismas que aparecieron en el periódico El Sudcaliforniano, la revista Compás y el Faro Paceño que es el órgano informativo del H. XII Ayuntamiento de La Paz. Fueron seleccionadas en relación al interés que representan y para un mayor conocimiento de los hechos y personas que, de una manera u otra, han formado parte del devenir de esta región de Baja California Sur.

Como el lector podrá darse cuenta, algunas crónicas han rebasado al tiempo, por que el contenido de ellas no corresponde a los momentos que actualmente vivimos, pero aún así tienen su especial importancia, sobre todo por el carácter informativo de nuestro pasado. Además, se ha procurado entrelazar aspectos de la historia nacional con otros que se refieren a personajes de nuestra “Patria chica”, como es el caso de Juan Ramos, Isidro Jordán Carlón, Manuel Flores Bianchi y Dominga G. de Amao.

Siempre hemos compartido la creencia de que la divulgación histórica, más la historia anticuaria, nos es útil para afirmar los lazos de solidaridad y de armonía individual y social, en la medida en que conozcamos lo que hemos sido capaces de realizar para bien de nosotros mismos y la sociedad que nos rodea.

Ahora, con este nuevo libro de crónicas, --los anteriores fueron “Calles y Monumentos de la Ciudad de La Paz”, “Casos y Cosas del Municipio de La Paz” y “La Paz y sus Historias”--, la población toda del municipio y en particular los niños y los jóvenes podrán acceder a temas diversos como el recuerdo de Fernando Jordán, la hermosa presencia de la “Güera” Rodríguez, la nueva imagen del malecón, el desaparecido barrio de la Isla de Cuba, el Museo de la Música en el pueblo de El Triunfo y la visita de Amalia Hernández a nuestra ciudad.

Coincido con las autoridades del Ayuntamiento de que la divulgación de los acontecimientos que han tenido lugar en La Paz y las comunidades del municipio, es un medio adecuado para afirmar nuestra calidad de habitantes de una región de nuestro país, que siempre se han distinguido por su don de gentes, sus características culturales y el afán de convivir en sana paz con todos sus semejantes.

Como lo he dicho en mis anteriores publicaciones, espero que las presentes crónicas tengan aceptación entre el público lector lo cual, además de ser un estímulo para mi modesto esfuerzo, será una de las mejores maneras de conocer y sentir lo que hemos sido en el pasado y de cómo ello nos ha servido para enfrentar el porvenir.

Leonardo Reyes Silva

CRÓNICA DE LA BAJA CALIFORNIA

De entrada puedo decir que el Estado de Baja California Sur, conocido de manera extraoficial como Sudcalifornia, ocupa la mitad de la península abajo del paralelo 28, ya que la otra mitad al norte corresponde al Estado de Baja California.

Con 73,677 kilómetros cuadrados de superficie y un poco más de 450 mil habitantes distribuidos en los cinco municipios que son Mulegé, Loreto, Comondú, La Paz y Los Cabos, nuestra entidad reúne características especiales que tienen que ver con su historia, sus tradiciones y costumbres, con sus recursos naturales y los grandes atractivos turísticos que posee gracias a sus hermosas playas, islas y bahías que circundan toda la península bajacaliforniana.

Pero hace 471 años esta tierra legendaria no se conocía. Podemos afirmar que mucho antes de ubicarse ese nombre en la geografía y de materializarse en la cartografía mundial, su nombre ya rodaba envuelto en penumbras de leyenda y en humos de fantasía.

En el período que comprendió su descubrimiento y los posteriores esfuerzos de exploraciones e intentos de conquista, a esta tierra recién descubierta se le comenzó a llamar California, sin que se supiera quien la bautizó ni mucho menos cual fue su origen. Pero el nombre se hizo común y así se le mencionó durante los siglos de la dominación española. Fue hasta el año de 1862 cuando el escritor norteamericano Edward E. Hale descubrió que la palabra provenía de un libro de caballerías escrito a fines del siglo XV en que relata las hazañas de un guerrero cristiano llamado Esplandían.

Resulta que el regidor Garci Ordoñez de Montalvo habitante del pueblo de Medina del Campo, en España, aprovechando la gran demanda que tenían los libros de caballería escribió una obra que alcanzó mucha popularidad, a la que llamó "Las sergas de Esplendían. En ella relata la guerra entre turcos y cristianos durante la ocupación de la ciudad de Constantinopla. Y es precisamente en el capítulo CLVII

donde aparece el término California, al referirse a la ayuda que la reina Calafia prestó a los turcos.

En este capítulo se lee “Sabed que a la diestra mano de las Indias hubo una isla llamada California, muy llegada al paraíso terrenal, la cual fue poblada de mujeres negras, sin que algún varón entre ellas hubiese...sus armas eran todas de oro y también las guarniciones de las bestias fieras..que en toda la isla no había otro metal alguno...”

Ese libro fue muy leído y comentado por los marinos y soldados que acompañaron a Cortés en la conquista de México. Tenochtitlan, y es casi seguro que esperaban encontrar algún día esa isla y sus tesoros. Y la idea de algún modo se materializó, cuando Cortés fue informado en 1524 de que habían visto una isla poblada de mujeres sin varón alguno y que era muy rica en perlas y en oro. Entusiasmado por esa noticia, Cortés organizó dos expediciones hacia la Mar del Sur y la segunda, por azar, descubrió la península en 1534. De seguro muchos de los expedicionarios pensaron que habían llegado a la isla California y por eso la comenzaron a llamar así.

Sea como fuere, California llegó a tener una importancia capital, sobre todo por que fue el punto de enlace para las exploraciones al norte de la península y las diversas regiones de Asia. Y su nombre, nacido de un antiguo mito es el que distingue a los habitantes de esta región de México.

Desde los primeros viajes de exploración se había puesto en evidencia que la desconocida península era árida y carecía de abundantes riquezas. No obstante, debido quizá a la existencia de perlas que los conquistadores pudieron ver y palpar, persistió la idea de que en algún lugar de California los aguardaba la fortuna. Aunque personalmente Cortés experimentó otro fracaso y supo por su cuenta lo difícil que era colonizar las estériles tierras de California, no decayó su interés en el proyecto de ocupación. Persistía la esperanza de descubrir más al norte tierras menos inhospitalarias y verdaderamente ricas. Francisco de Ulloa en 1539 recorrió los litorales de la supuesta isla y encontró indicios de que la tierra que exploraban estaba unida al continente.

Muchos años, de 1535 a 1697, los intentos por la conquista de California se convirtieron en una obsesión para los expedicionarios quienes buscaron fama y riquezas que nunca encontraron. Recordamos aquí a Sebastián Vizcaíno que fue quien le puso el nombre de La Paz a nuestra ciudad capital, Pedro Porter Casanate, Nicolás de Cardona y el almirante Isidro de Atondo y Antillón que llegó a la península en 1683.

Y esta región hubiera quedado olvidada muchos años aún, si no es por el padre jesuita Eusebio Francisco Kino quien acompañaba a Atondo y comprendió la necesidad de socorrer y evangelizar a los indios que poblaban esta parte alejada de la Nueva España. Así, con el respaldo del padre Juan María de Salvatierra lograron que el Virrey autorizara la entrada de los misioneros jesuitas a las Californias.

Pero a final de cuentas Kino no pudo acompañar a Salvatierra por lo que éste llegó a las costas de la península con sólo nueve acompañantes, entre ellos Luis de Torres Tortolero y Esteban Rodríguez Lorenzo, soldados que jugaron un papel importante en la colonización de esta región. Con ese grupo el 25 de octubre de 1697 Salvatierra fundó la Misión de Loreto y en años posteriores las misiones de San Francisco Javier llamada por los indígenas Viggé Biaundó, San Juan Bautista Malibat, Ligui, Santa Rosalía de Mulegé, San José de Comondú, la Purísima Concepción, Cadegomó, Nuestra Señora del Pilar de La Paz, Airapí, Santiago de los Coras, San Ignacio Kadakaaman, Estero de las Palmas de San José del Cabo Añuití y otras más, que sumaron un total de 17.

Pero no se crea que los jesuitas encontraron el paraíso en las tierras californianas. La aridez de la tierra y la falta de agua que no permitieron el desarrollo de la agricultura, la ausencia de yacimientos minerales, la oposición indígena representada por los hechiceros o guamas, la carencia de alimentos, siempre tuvieron que depender de las misiones de Sonora, y las epidemias que asolaron a los nativos, obstaculizaron en gran parte su labor evangelizadora y no permitieron la creación de pueblos como en otras regiones del país.

Después de permanecer durante 70 años en la península la tuvieron que abandonar debido a una orden del rey de España. En su lugar llegaron los padres franciscanos y después los padres dominicos. Como herencia los jesuitas nos dejaron el idioma español, la religión y muchas

costumbres que se han hecho tradición entre los pobladores de nuestra entidad.

Cuando se inició la guerra de independencia en 1810 y su culminación en 1821, la vida de los habitantes de la ya conocida como Baja California—las autoridades del virreinato de la Nueva España le dieron el nombre de Alta California a la región que hoy ocupa el estado de California en los Estados Unidos—cambió radicalmente. En 1822 se instalaron los municipios y se conformó la diputación territorial, en 1830 se creó el municipio de La Paz y se convirtió en la capital de la entidad en lugar de Loreto; los Jefes Políticos se sucedieron unos a otros como Mariano Monterde, Luis del Castillo Negrete, Francisco Palacios Miranda—a este coronel le tocó enfrentar la invasión norteamericana de 1847 y 1848, aunque fue acusado de colaboracionista,- - Juan Clímaco Rebolledo, José María Blancarte, Antonio Pedrín, Bibiano Dávalos y Agustín Sanginés hasta el año de 1911.

Todo el siglo XIX nuestra entidad vivió épocas difíciles en las que peligraba su soberanía. En 1822, por ejemplo, dos naves del almirante chileno Lord Cochrane se apoderaron de los pueblos de San José del Cabo y Loreto; después tuvimos que enfrentarnos a las tropas norteamericanas en 1847 y 1848, a tal grado que todavía después de firmarse la paz entre los dos países, los sudcalifornianos seguían luchando contra los invasores. También en 1853 el filibustero William Walker se apoderó de La Paz tratando de crear una república independiente. Y durante la intervención francesa, nuestra entidad fue de las únicas donde no pisaron la tierra los soldados galos.

En 1913 cuando las fuerzas revolucionarias se levantaron en armas para derrotar al gobierno usurpador del general Victoriano Huerta, aquí en La Paz se rebeló el general Félix Ortega Aguilar y después del triunfo de las fuerzas constitucionalistas fue nombrado Jefe Político y Comandante Militar del Distrito Sur de la Baja California. En 1920 los sudcalifornianos eligieron mediante un plebiscito al gobernador civil que fue el señor Agustín Arriola, y en 1974, el 8 de octubre, nuestro Territorio se convirtió en un Estado más de la Federación Mexicana.

Desde esa fecha la antigua California, la del mito, ha recorrido etapas de progreso fincado en el esfuerzo de sus mujeres y sus hombres. Con una infraestructura educativa envidiable, con medios de

comunicación idóneos con nuestro país y el extranjero, con el auge de la industria turística sobre todo en la zona de Los Cabos comparable con Acapulco, Cancún y Huatulco; con el espectáculo maravilloso del arribo de las ballenas cada año en los esteros de San Carlos y López Mateos y la laguna Ojo de liebre, cerca de la población de Guerrero Negro donde se encuentra una de las salinas mas grandes del mundo, con la permanencia de nuestras costumbres y tradiciones, con la cálida hospitalidad que siempre nos ha caracterizado, Baja California Sur forma parte indisoluble de México y los que la poblamos estamos y estaremos siempre muy cerca del corazón de nuestra Patria.

JUAN RAMOS Y LA RISA.

Cuando me invitaron a la presentación del libro “Cuando bebas agua acuérdate de la fuente”, cuyos autores son Francisco López Gutiérrez y Jaime Rivera Gómez, la mera verdad le tuve flojera, no por la importancia del libro que habla sobre los primeros colonos que llegaron a Ciudad Insurgentes, sino mas bien por tener que recorrer 500 kilómetros de ida y vuelta a ese lugar del Valle de Santo Domingo.

Pero me animé a acompañarlos cuando pregunté que amigos viajaríamos en el vehículo. Francisco, uno de los autores del libro, me dijo que irían los profesores Loreto Geraldo Amador y Martín Avilés Ortega, y también —agregó— nos pidió un raite Juan Ramos, quien tiene que atender una actividad cultural en ese lugar. Cuando escuché su nombre dije para mis adentros: “el viaje será largo pero no aburrido”

Y es que conociendo la vena humorística de Juan, no dudé tantito de que tan pronto saliéramos de La Paz comenzaría con sus chistes, bromas y anécdotas (así se le llama cuando hablamos del próximo). Debo decirles que en honor a la verdad, que ya he escuchado en muchas ocasiones a Juan y siempre me ha llamado la atención la forma elegante —por el buen uso del idioma coloquial— y la semiseriedad con que dice las cosas. Como ha repetido tantas veces sus chistes él ya no se ríe, pero deja que quienes los escuchan lo hagan en su lugar.

Algo parecido sucedió en el camino. Seguramente Francisco era la primera vez que escuchaba a Juan y por eso su risas y carcajadas eran ininterrumpidas. Para el narrador que vive de la aceptación del público, eso fue suficiente para seleccionar lo mejor de su repertorio. Personajes como “El Conono”, “El güero de las canoas”, “El Chunique” y otros más desfilaron por la voz de Juan Ramos, recordando sus rasgos de ingenio y las formas características de hablar.

Del “Conono” cuentan que por alguna razón el gobernador Cervantes del Río le tomó estimación y por eso en varias ocasiones iba en las comitivas que acompañaban al mandatario a los pueblos del entonces Territorio. Cuando menos lo esperaban lo encontraban sentado muy orondo en el vehículo oficial y de ahí nadie lo movía. Para enojo de

Jorge Susarrey, jefe de relaciones públicas del gobierno. En varias ocasiones trató de quitárselo de encima sin resultados. Nomás de verlo lo sacaba de sus casillas y acompañaba su disgusto con el regaño: --Ya me tienes hartó, cabrón Conono, no te quiero volver a ver en mi vida.

Con motivo de inaugurarse la línea aérea de Mexicana de Aviación en el aeropuerto de Los Cabos, el licenciado Cervantes se trasladó a ese lugar y como por arte de magia el Conono también estaba presente. Verlo y correrlo fue instantáneo:--“Lárgate de aquí, ponte allá donde está el equipo de sonido –le dijo Susarrey. Obediente el aludido se retiró y se colocó a un lado del micrófono. Cuando estaba por iniciar el acto, el maestro de ceremonias hizo el intento de hablar por el sonido, pero el micrófono no respondía. Desesperado golpeaba el aparato, toc, toc, toc, pero no se escuchaba nada. Se hizo un silencio total, suficiente para que se oyera la voz gangosa del Conono que a grito abierto, dirigiéndose a Jorge, exclamaba:-- “¡Se fue la luz, pinche peludo!” Las carcajadas del público fueron la atracción principal de la inauguración.

Total que las casi seis horas del viaje, además del tiempo perdido en la presentación del libro, no se sintieron. Porque debo decir que tanto Loreto Geraldo, Martín y un servidor, también contribuimos con uno que otro chiste, claro, sin la gracia de Juan.

Y ya para llegar a La Paz contó el último: --Un ranchero de la sierra de la Giganta platicaba con un amigo sobre la cacería de venados:-- “Fíjate valecito que le tiré un balazo y al suelo, otro más y al suelo...Bueno, bueno, pero, ¿cuántos mataste; ...Ninguno....Pero entonces,¿ los disparos?...¡Pues se fueron al suelo.!

DOS MUJERES DE LA REVOLUCIÓN SUDCALIFORNIANA

Días antes de la celebración de la fecha en que fue otorgado el voto a las mujeres de nuestro país, el Congreso local propuso que los restos de la Señora Dionisia Villarino Espinoza fueran depositados en la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres, como un justo homenaje a su destacada participación en la Revolución Mexicana.

Aunque por derecho le corresponde al gobernador del Estado enviar la iniciativa de ley, de acuerdo con el Decreto del 18 de febrero de 1985, la actitud de los diputados se justifica en estos momentos en que el voto femenino puede convertirse en un factor decisivo en las elecciones futuras. Y es que no debemos olvidar que, al menos en nuestra entidad, las mujeres son mas numerosas que los hombres.

Va para 16 años que la Rotonda no recibe a un sudcaliforniano ilustre. El último, don Pablo L. Martínez, llegó a ese venerado lugar el 14 de mayo de 1990, en consideración a sus grandes méritos como historiador y sus muchos años dedicados al magisterio. En esa ocasión se comentó que todavía existían mujeres y hombres cuyas vidas y obras los hacían merecedores de descansar en la Rotonda como Mauricio Castro, Clodomiro Cota, José Antonio Mijares, Manuel Pineda, Encarnación Canalizo de Allinson y Manuel F. Montoya.

Así como doña “Nicha” fue protagonista de un hecho revolucionario en Santa Rosalía en 1913, en la misma forma doña “Chonita” participó en el año de 1915 en una acción que la identificó en las filas del general Félix Ortega Aguilar, caudillo de la Revolución Mexicana en Baja California Sur. Resalta su ahijado, el periodista Félix Alberto Ortega, que cuando un grupo de facciosos se rebelaron contra el gobierno del general, el mayor Eduardo Encinas llegó por la mañana al cuartel donde la guardia le paró el alto:

--Alto, ¿Quién vive?—le preguntaron. Y cuando Encinas les contesto:--¡Viva el general Ortega! que era la consigna, los sublevados le respondieron:

--Al general ya se lo llevó la chingada, mayor. ¡Ríndete!

--¡Que se rinda su matraca madre!—replicó Encinas al mismo tiempo que hacía fuego con su pistola 45.

Alcanzó a matar a dos soldados cuando recibió dos balazos en sus piernas. Aprovechando la confusión logró huir hasta llegar a la casa de doña Chonita, quien rápidamente lo escondió en un ropero. Cuando llegó la gendarmería por más que buscaron no lo pudieron encontrar. Mas tarde el doctor Allinson lo curó de sus heridas y días después, la propia señora lo trasladó en una canoa al lugar conocido como “Enfermería”. Repuesto de sus heridas, el mayor Encinas se embarcó rumbo al puerto de Mazatlán, a fin de incorporarse a las tropas del general Maytorena.

La actitud valerosa de la señora Canalizo y sus familiares tuvo que guardarse en secreto ante el temor de las represalias, tan así que nunca fueron molestados por la supuesta participación en la fuga del militar. Años después, cuando la calma política volvió a la entidad, el propio Encinas relató la forma en que había sido salvado.

Ahora que se pretende traer los restos de Dionisia Villarino a la Rotonda, debiera considerarse también la personalidad de doña Encarnación Canalizo de Allinson, una mujer que no obstante su buena posición económica no dudó en respaldar el movimiento revolucionario iniciado en 1910. Seguramente en la historia de nuestra entidad existen otras mujeres dignas de tomarse en cuenta para rendirles el homenaje que merecen. Recordamos entre ellas a Amelia Wilkes Ceseña, Francisca Mendoza de Arámburo, Julia García de Ojeda y María Teresa Higuera Peña.

Ciertamente no todas reunirán los méritos suficientes para descansar en la Rotonda. Pero ellas han sido, al igual que los hombres, elementos valiosos en el desarrollo de Baja California Sur. En la política, en las bellas artes, en la docencia, en el periodismo y en las actividades profesionales y sociales han puesto su grano de arena, sin mengua de su calidad de féminas. Antes al contrario, su condición de mujer aunado a su preparación, rompe las barreras de las diferencias sexuales y son ejemplo a seguir por las presentes y futuras generaciones de sudcalifornianas.

Estaremos pendientes de la propuesta a favor de doña Dionisia Villarino Espinoza. Como estaremos pendientes también de que la casa donde vivió en Todos Santos, continúe siendo

RECORDANDO A FERNANDO JORDÁN

Emilio Arce en su libro “El Corral Viejo” recuerda a dos escritores que quisieron mucho a la Baja California, el profesor José María Garma González y Fernando Jordán. Los dos están unidos por el poema que escribió el segundo de ellos y que se conoce con el nombre de “Calafia”, mismo que mereció el premio de los Juegos Florales de La Paz, en el año de 1955. En contraposición al contenido de ese poema, Garma González compuso otro al que tituló “No te ofrezco la tierra”, en el que defiende la actitud de los habitantes de la península oponiéndose a la llegada de los conquistadores españoles.

A Jordán se le recuerda como uno de los mejores periodistas de las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado y por haber escrito tres libros referentes a Baja California uno de los cuales, “El Otro México” dio a conocer esta región al resto del país. Los otros dos, “Tierra Incógnita” y “El mar Roxo de Cortés” complementan la trilogía de obras de este escritor que recorrió la península de cabo a cabo. Muerto trágicamente el 14 de mayo de 1956, sus restos mortales descansan en el panteón de los Sanjuaneros de esta ciudad de La Paz.

Cuando Jordán estaba reuniendo el material para sus libros recorrió la península desde Mexicali, Tijuana y Ensenada hasta llegar a La Paz. Y de cada lugar escribió que enviaba a la revista Impacto de la ciudad de México. Así, el público lector mexicano conoció las características de las personas y los pueblos como San Ignacio, Mulegé, Loreto y Comondú. Y fue en esta última población donde tuvo lugar un suceso que el profesor Mario Verdugo Cota tuvo a bien contarme.

Fernando relata como llegó a los Comondú—San Miguel y San José—y sorprendido por su belleza y la prodigalidad de sus huertas no dudó en llamar a ese lugar la Shangri-La mexicana. Dice textualmente Jordán:—“Además del vino, el baile es un escape a la monotonía y se organizan fiestas a menudo...Y como en todo, el mismo ritmo de la vida diaria, los bailes parecen desarrollarse en épocas pasadas...”

Y bien supo por que lo dijo. Resulta que Fernando, extasiado por la belleza del lugar—naturales y humanos--, se quedó varios días en los Comondú, tiempo que aprovechó para conocer a las familias, reunir

datos y empinar el codo con el sabroso vino de uva que ahí se produce, así como tomar fotografías, varias de ellas por no decir la mayoría, de las hermosas muchachas del lugar como Angelita Rodríguez Verdugo, Velia Aguiar Gómez y Judith Pérpuli Monarquis. En dos de sus libros vienen fotografías de estas lindas comundeñas. Dicen las malas lenguas que Jordán era muy enamorado y en este caso no fue la excepción.

En los días de su permanencia en el pueblo se organizó un baile y él fue el invitado de honor dada su calidad de periodista famoso. Todo acicalado se presentó al fandango, pues ya le tenía echado el ojo a una de las damitas de buen porte y singular belleza de nombre Consuelo Olachea Smith. Al acecho, tan pronto como llegó la aludida la invitó a bailar al son de melodiosos boleros de aquel tiempo. Y claro, como se acostumbraba entonces, se danzaba acurrucaditos y de cachetito...Lo que no sabía Fernando es que la hermosa doncella tenía novio, que era nada menos que el maestro del lugar, el mismo relator de la anécdota.

Cuando Mario llegó al lugar del jolgorio, con su pelo debidamente envaselinado con glostora y oliendo a loción Varón Dandy, divisó a su novia muy acaramelada con el escritor. Como era de pocas pulgas, corto se le hizo el tramo para llegar donde estaban bailando Fernando y Consuelo. Y sin decir “agua va” los separó dándole un fuerte empujón al don Juan fuereño, al mismo tiempo que le decía: “Hazte a un lado que esta potranca tiene dueño”. Por supuesto, Jordán que no era dejado, insistió en retenerla sujetándola de un brazo, a la par que le respondía: “Tú no tienes derecho de propiedad, ella es libre de hacer lo que quiera...”

El forcejeo continuó y llegó el momento en que Mario se preparó para propinarle un puñetazo al famoso escritor, cuando de manera oportuna los concurrentes al baile los separaron. Llegaron las aclaraciones y la fiesta quedó en paz. Al fin de cuentas el romance de Mario y Consuelo no prosperó debido a la férrea oposición de los familiares de la novia. Pero esta es otra historia pendiente de contarse.

LA DEFENSA DEL MEDIO AMBIENTE EN LA PAZ

En la edición del mes de noviembre de EL FARO PACEÑO, órgano informativo del H. XII Ayuntamiento de La Paz, aparecen tres noticias relacionadas con la conservación y mejoramiento del medio ambiente, efectuadas con la participación entusiasta de las familias y de grupos estudiantiles. Por su importancia vale la pena hacer énfasis en ellas.

La primera se refiere a la jornada “ Saca tu escoba y limpia tu ciudad” en la que se invita a todos los habitantes de La Paz a que participen en su embellecimiento y se pueda con ello mejorar la imagen de nuestro puerto. Las autoridades han comprendido que solamente con la participación de la ciudadanía será posible resolver muchos de los problemas que enfrentamos como la acumulación de basura, la falta de cuidado de los árboles de ornato, la acumulación de tierra en las calles, el descuido de los lotes baldíos y como no, la proliferación del grafitis por toda la ciudad.

La segunda hace mención a la limpieza de las playas y de manera específica la preservación del patrimonio natural de la bahía de La Paz. En congruencia con lo anterior se formó el “Comité de Playas Limpias” cuyo objetivo principal es sanear, proteger y preservar las playas de nuestra ciudad. Independientemente de las instituciones oficiales involucradas, será una tarea inmediata concientizar a las familias que asisten a ellas para que no las ensucien y mas aún que colaboren con la limpieza, no le hace que al hacerlo hagan que les zumben los oídos a los que dejaron en mal lugar la basura.

La última noticia se refiere a la participación de los estudiantes y vecinos del manglar del Conchalito a fin de conservarlo limpio de manera permanente. Lo anterior coincide con las declaraciones del delegado de SEMARNAT en el sentido de que no se permitirá edificar en zonas de manglares. Y esta preocupación también tiene que ver con las declaraciones del oceanólogo Enric Sala quien en una reunión con el grupo Madrugadores afirmó “que si desaparecen los pocos manglares que quedan en la bahía de La Paz se colapsarán las pesquerías y La Paz será un puerto con aguas muertas”

A lo mejor por eso, las instituciones de educación superior encabezadas por el CIBNOR continuarán sus investigaciones para conocer la situación real de los manglares, la situación en que se encuentran y las amenazas reales de estos ecosistemas. Ojalá y puedan tomar en cuenta las conclusiones del doctor Sala en lo que toca a los manglares que rodean a la bahía de La Paz, sobre todo porque se trata de un investigador que tiene profundos conocimientos sobre el tema. En un estudio que hizo desde los Arípez hasta Punta Prieta, se dio cuenta de la eliminación secuencial de las pesquerías en esa amplia zona. Comenta el doctor, proveniente de la Scripps Institution of Oceanography de la Joya, California, que en el canal del Mogote y sus alrededores existían peces tigres y había muchas caguamas. Hace años —aclaró— había abundancia de pargos y éstos ponían sus huevecillos en los manglares, pero ahora que solo queda la décima parte de los que existían hace medio siglo, estos peces solo se encuentran en fotografía.

“Mi recomendación —opinó el investigador— es que se cuiden los pocos manglares que quedan, porque si desaparecen se colapsarán todas las pesquerías y La Paz tendrá solo aguas muertas en donde no vivirá nada por muchos años...” Y es que los manglares y los arrecifes de coral son los sitios donde la mayoría de los organismos marinos nacen y de los cuales otros se alimentan. No existen otros sistemas tan productivos y vitales para la vida marina.

Por otra parte, los pescadores y sus familias dependen de estos ecosistemas. Si desaparecen se creará un grave problema social aparte de que el turismo sobre todo el ecológico disminuirá notablemente. Como se verá, la iniciativa del XII Ayuntamiento de La Paz tiene su razón de ser. Corresponderá a los habitantes de nuestra ciudad tomar conciencia de ello y luchar, mano a mano, con las autoridades a fin de evitar el deterioro de nuestro medio ambiente.

EL TRIUNFO DE ARMANDO TRASVIÑA TAYLOR

Durante los últimos años del gobierno del licenciado Guillermo Mercado Romero colaboré estrechamente con Armando, quien desempeñaba el cargo de Secretario de Bienestar Social. Desde ese puesto apoyaba al mandatario en la redacción de los discursos que frecuentemente pronunciaba, y para cumplir con el encargo tenía que utilizar todo su tiempo disponible. Desde luego era una tarea agotadora pero necesaria, a fin de cumplir con ese compromiso.

Cuando hubo cambio de gobierno Armando descansó, pero atrás quedaba una fructífera vida política e intelectual que lo llevó a ser diputado constituyente, diputado y senador federal. Años antes, siendo director de Acción Social en el gobierno del licenciado Hugo Cervantes del Río, promovió el rescate y organización del Archivo Histórico “Pablo L. Martínez”.

Como escritor es autor de varios libros, entre ellos la “Historia de la literatura de Baja California Sur”, “¿Qué desea saber: Baja California Sur”, “Qué desea saber de las ballenas de Baja California Sur”. Anda por ahí un original poemario dedicado a la cocina sudcaliforniana en el que dedica loas a las tortillas de harina, a las empanadas, la caguama y los chimangos, entre otros.

Pero Armando, libre de compromisos se dedicó a descansar —entre paréntesis— y todos los días por las mañanas lo veíamos caminando por el malecón, oportunidad que aprovechaba para saludar a los viejos amigos. Todo parecía perfecto para un hombre que había cumplido con su deber para con su familia y la sociedad de la que forma parte. Y de pronto, así, sin merecerlo, una embolia lo dejó parcialmente sin movimiento. Por la urgencia del caso lo trasladaron a la ciudad de México donde, gracias a las múltiples atenciones médicas logró recuperar una buena parte de sus facultades. Sin afectaciones en el cerebro, poco a poco Armando reinició sus actividades intelectuales.

En el mes de diciembre del año 2000 publicó la novela “Los candados del destino”, narración en la que involucra a Tomás Taylor, uno de los primeros extranjeros en llegar a costas bajacalifornianas. Y en

junio de 2004, con el patrocinio del Club Rotario Balandra de esta ciudad, Armando presentó el libro “El Triunfo, el rostro de la soledad”, que según él no es un recuento histórico sino más bien es un reencuentro de un pueblo que se niega a morir.

En una apretada síntesis da cuenta del origen de ese pueblo minero, sus épocas de consolidación y auge, las empresas mineras que se establecieron y la depresión de las mismas, la población y el estado actual de ese centro minero, con sus problemas para sobrevivir. Es notable la descripción que hace de las dos chimeneas, particularmente de “La Ramona, cuya construcción se llevó a cabo con los planes originales de Gustavo Eiffel, el mismo al que se debe la estructura de la iglesia de Santa Bárbara en Santa Rosalía, así como la estatua de la libertad de Nueva York.

Relata el autor de que manera los gobiernos, a partir de 1964, destinaron recursos para resolver las necesidades prioritarias de la población, impulsando las artesanías y efectuando mejoras materiales. A fines de los ochenta se instaló la maquiladora California Connection que dio trabajo a cien obreras. El actual gobierno ha empedrado varias calles, mejorado el alumbrado público y hace algunos meses se inauguró el Museo de la Música.

Ahora, con el libro de Armando Trasviña, se complementa la información sobre esta comunidad, información por cierto muy requerida por los alumnos de las escuelas del nivel básico y superior, más ahora que los programas escolares incluyen temas sobre la historia de Baja California Sur. Desde luego, de antes existen libros, conferencias escritas y artículos al respecto, como “Donde las voces fecundan” de Héctor Domínguez Ruvalcaba, “El desarrollo minero en San Antonio y el Triunfo” de Ignacio Rivas Hernández, una investigación de Teresa María Suárez Hernández a la que llamó “Un pasado dormido: El Triunfo y San Antonio”. Y para variar, tres crónicas que aparecieron en mi libro “Casos y Cosas del municipio de La Paz”, publicado en el 2002.

Con todo y sus vicisitudes, Armando Trasviña Taylor sigue aportando sus inquietudes intelectuales lo cual es un signo de su entereza. A su porfía le viene bien la frase atribuida a don Melchor Ocampo:--“me doblo pero no me quiebro”. ¡Bien por nuestro paisano!

RECUERDOS DE TODOS SANTOS

Algunos amigos todosanteños que radican en nuestra ciudad me recomiendan que escriba algo relacionado con el pasado de ese pueblo, como por ejemplo, de los tiempos en que funcionaban los trapiches y sus cañaverales se multiplicaban en toda esa región. Yo le contesto que ya otras personas se han referido a ese tema y les menciono a Néstor Agúndez y a Gilberto Ibarra, quines han hecho investigaciones al respecto, desde la época en que los misioneros jesuitas iniciaron esta industria de la panocha.

Aunque en mi libro “Casos y Cosas del municipio de La Paz” aparecen tres crónicas referentes a los trapiches y la producción de piloncillo, lo cierto es que no toqué el tema a profundidad, ya que me interesaba una narración sencilla que pudiera leerse con agrado. Por eso, en la parte final incluí un párrafo que dice textualmente:--“La época de la cosecha y la molienda de la caña era un espectáculo digno de verse, y yo agregaría de vivirse. Por que no había chamaco de los diferentes barrios que no se hartara de guarapo, melcochas, alfeñiques, panocha de gajo y la famosa cubana que era la delicia de todos”. Y la guasa para los que tenían los dientes picados de tanto comer dulce: “A mi no me la pegas, tú eres de Todos Santos...”

El profesor Apolonio Quintero González, funcionario que fue del XI ayuntamiento de La Paz fue uno de ellos, nomás que como fue un poco parco en gustar de esa golosina, no se le deterioraron los dientes, al menos es lo que asegura. Pero a cambio formó parte de la palomilla, cuyo principal entretenimiento era perseguir a los carretones llenos a rebosar de cañas y robar algunas de ellas sin que el conductor se diera cuenta. Aunque a veces no corrían con fortuna y tenían que aguantar los chicotazos propinados por el enojado conductor. Pero aún así no cejaban en sus intentos, pues el premio era saborear el jugo de esa exquisita fruta.

Cuentan de uno de ellos, mujer para más señas, que era un as para correr tras los carretones y robarse las mejores cañas, mismas que distribuía generosamente entre sus amigos. En una malhadada ocasión la suerte no estuvo de su lado y fue arrollada por una de las ruedas del vehículo que le pasó por encima de su pie derecho. El accidente alborotó

a todo el pueblo de Todos Santos y requirió la reprimenda paterna para todos los involucrados en la tragedia. Como resultado, Trinidad quedó con una deformidad en los dedos del pie, razón por lo que el ingenio todosanteño dio por llamarla “pata de toro”.

Esa niña, ahora ya una anciana, es una de las mujeres más pintorescas de ese pueblo sureño. Su aguda ironía y franqueza han sido reconocidas por propios y extraños, porque en eso de decir la verdad nadie le gana. Dígalo si no el estimado amigo Jesús Murillo Aguilar, quien sufrió en oídos propios la reprimenda de la señora. Y es que sin conocerla la saludó llamándola “doña Cachana”, siendo que para ella es un insulto que la conozcan así. Al menos esta es una anécdota que corre de boca en boca desde hace muchos años atrás.

Y hablando de doña Trinidad Espinoza, en el Centro Cultural “Siglo XXI” se exhibe una pintura al óleo con su rostro, obra de la artista Lucía Casas. Como complemento, en el corredor del edificio se puede leer la biografía de este singular personaje. Quien desee conocerla personalmente tendrá que recorrer las calles del pueblo hasta encontrarla. Y saludarla con su nombre si quiere evitar que le recuerde a la autora de sus días.

A últimas fechas doña Trinidad ha volcado su amor maternal en un joven—los que lo conocen dicen que no tanto—impedido de la vista. Lo acompaña, le brinda ayuda pecuniaria para sus necesidades, le da abrigo y lo protege de la maldad humana. Al fin y al cabo es una mujer que tiene sentimientos. Como se verá, la época de los cañaverales y los trapiches tiene mucha relación con la historia de los habitantes de esa hermosa población del sur del Estado.

Con este amor otoñal de “La Cachana”, me recuerda los versos del gran poeta chiapaneco Jaime Sabines cuando dijo en uno de sus celebrados poemas: “Cojita del pie derecho y también del corazón...”

LA BANDERA NORTEAMERICANA EN LA PAZ

Hace 159 años, en un mes como éste, la ciudad de La Paz se encontraba en poder de las fuerzas militares de los Estados Unidos, y la bandera de las barras y las estrellas ondeaba en el edificio de gobierno. En total fueron diecisiete meses, de abril de 1847 a agosto de 1848, en que los habitantes de nuestra capital tuvieron que soportar la presencia de los norteamericanos en base a un documento de rendición firmado por el entonces jefe político de la Baja California, coronel Francisco Palacios Miranda.

En el documento en cuestión que también fue firmado por el comandante de la plaza, teniente coronel Francisco López Uriza y por los señores Francisco Villegas y Teófilo Echeverría, se estipulaba que las propiedades públicas pasarían a manos de los invasores a cambio del respeto a las autoridades y empleados municipales. En el mes de julio, el teniente coronel Henry J. Burton, nombrado comandante de las fuerzas invasoras, publicó una proclama dirigida a los habitantes de la Baja California, informando la ocupación de la península a nombre del gobierno de los Estados Unidos. Y se autonabraba jefe político de la entidad.

Para una parte de las familias paceñas, la ocupación de La Paz significó que el país vecino quedaría dueño de esta región del territorio mexicano, y por eso sus acciones estuvieron encaminadas a colaborar con las fuerzas de ocupación. Nunca se imaginaron que allá, en el norte de la península, varios pueblos se unirían para luchar contra el invasor. Y que el 2 de octubre de 1847 las fuerzas mexicanas obtendrían una resonante victoria en el pueblo de Mulegé, acaudillados por el capitán Manuel Pineda, Vicente Mejía y Jesús Avilés. En San Ignacio se levantó en armas Vicente Sotomayor; en Comondú, José Matías Moreno; en Todos Santos, el padre Gabriel González y en San José del Cabo, Mauricio Castro y José Antonio Mijares.

Iniciada la lucha contra las fuerzas invasoras, en el mes de noviembre Manuel Pineda y sus tropas pusieron sitio a La Paz. Para su defensa, el coronel Burton organizó una guardia municipal compuesta por 28 mexicanos traidores y declaró la ciudad bajo la ley marcial. A pesar de los continuos ataques, las fuerzas de Pineda no pudieron

apoderarse del puerto, por lo que decidieron dirigirse al sur de la entidad, a fin de atacar las fuerzas extranjeras en San José del Cabo.

Todavía en febrero de 1848, las guerrillas mexicanas continuaban asediando a las tropas norteamericanas sin saber que el día 2 de ese mismo mes se había firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo poniendo fin a la guerra. Pero la lucha en Baja California continuó y fue hasta el 12 de abril cuando las tropas mexicanas se rindieron a los enemigos. Un ejército poderoso se había estrellado contra unas guerrillas mal armadas pero “cuyos habitantes eran fieros guerreros decididos a permanecer mexicanos...”

En el Tratado se especificaba que la Baja California seguiría siendo mexicana, lo que causó alarma entre las personas que colaboraron con las fuerzas extranjeras de ocupación. En un intento de no ser acusadas de traición a la patria, se unieron en una asamblea de representantes de la Baja California pidiendo su anexión a los Estados Unidos. Como su solicitud no tuvo efecto, el 30 de agosto se embarcaron en un buque norteamericano 300 de ellos, entre los que se contaban el coronel Palacios Miranda y el padre Ignacio Ramírez, jefe de la Diócesis.

El uno de septiembre de 1848, el Comodoro Jones dio orden de arriar la bandera de los Estados Unidos, dando fin a la ocupación norteamericana en la península. Ese mismo día, el jefe político Mauricio Castro, con la emoción reflejada en su rostro y ante la presencia de los valientes patriotas bajacalifornianos, izó reverentemente la bandera nacional la cual, desde esa fecha, ondea soberana a lo largo y ancho de la Baja California.

JUÁREZ Y LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

En la presente campaña electoral que terminará el próximo domingo 2 de julio, al menos uno de los candidatos a la primera magistratura del país ha declarado abiertamente que gobernará de acuerdo con los principios juaristas, sobre todo aquellos que tienen que ver con la soberanía nacional y el respeto a la ley. Ojalá, si es que gana las elecciones, que su promesa no haya sido de esas que se lleva el viento, pues de lo contrario los que confiaron en él se arrepentirán toda la vida.

En honor a la verdad, en el sexenio que está por terminar hubo un olvido casi permanente de nuestros patricios, entre ellos don Benito Juárez. Y esto a pesar de que el año 2006 fue declarado como “Bicentenario del natalicio del Lic. Benito Juárez García, Benemérito de las Américas”. Las comisiones estatales, con excepción de unas cuantas, brillaron por su ausencia. Ni tan solo el gobierno federal tan afecto a ellas se preocupó por integrar la suya.

Hubo, desde luego, algunas manifestaciones cívicas organizadas por las instituciones educativas, las logias y los gobiernos locales, especialmente para conmemorar la fecha de su natalicio que fue el 21 de marzo. Pero de ahí en adelante, nada. Por su parte, la S.E.P. curándose en salud, editó un libro de la investigadora Josefina Zoraida Vázquez titulado “Juárez, el republicano” mismo que se distribuyó a todos los maestros y alumnos de educación básica—preescolar, primaria y secundaria.

Es justo mencionar también al XII ayuntamiento de La Paz que autorizó la edición de un folleto sobre el segundo centenario del nacimiento de don Benito Juárez, cuya selección de los textos sobre las biografías de él y su esposa doña Margarita Maza, su ideario, anécdotas y poemas fue hecha por el autor de esta crónica, con dedicatoria especial para los niños y jóvenes del municipio paceño.

Con referencia al respeto a la ley, se incluye la anécdota cuando la princesa de Salm Salm, de rodillas suplica al presidente clemencia para Maximiliano sentenciado a muerte. –“Señora –dijo Juárez en voz baja – me causa dolor veros de rodillas, más aunque todos los reyes y todas las

reinas del mundo estuviesen en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida; no soy yo quien se la quita, son el pueblo y la ley los que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría la vida a él y aún perdería la mía también”

Ha pasado ya medio año y aún es tiempo de organizar homenajes al héroe republicano. El 18 de julio, día de su muerte, puede ser el inicio del programa de actividades que pueden incluir concursos de oratoria, declamación, ensayos históricos; conferencias, exposiciones documentales y pictóricas, mesas redondas, publicación de sus memorias y otras más que el Comité organizador pudiera contemplar. Y más aún, que el gobierno del Estado apruebe el traslado de los restos de un personaje distinguido a la Rotonda de los Sudcalifornianos Ilustres, que haya participado defendiendo la Constitución en la Guerra de Reforma o en la lucha contra la intervención francesa.

Benito Juárez siempre ha estado presente en el acontecer sudcaliforniano. Y por eso se le recuerda y se le admira, por más que corrientes opositoras traten de empañar su obra. Como hombre y como político tuvo errores, pero fueron mayores sus aciertos, mucho más valiosos por que significaron el bien de la Patria. Se le ha culpado, erróneamente por cierto, que mediante el Tratado McLane-Ocampo trató de vender la Baja California, cuando en realidad jamás se contempló esa posibilidad. El mismo McLane aseveró que “aunque al presidente Buchanan urgía la adquisición de la Baja California, el presidente Juárez, con singular determinación, rehusó ceder un pie de territorio nacional, cualesquiera que fueran las consecuencias.”

Juárez está convertido en un verdadero mito nacional. A Juárez, como dice Carlos Monsiváis, no hay modo de desmitificarlo. Y lo dice así:--“Ya que Juárez es inalterable, todo lo que le ocurra no lo harán ser menos Juárez. A él ya no lo alcanzan ni el respeto ni la falta de respeto, y por tanto puede y debe cómodamente pescar, patinar, sumergirse en las fiestas populares, observar a recién casados y a parturientas, reducirse o agigantarse a discreción, admitir el trato reverencial de iguanas y tortugas y cangrejos y venados, atravesar el espejo, dejarse seguir por el mujerío, seducir e increpar a la naturaleza.”

MI CUÑADA CUCA Y LOS PÁJAROS

En este mundo lleno de preocupaciones y sobresaltos como pasa el tiempo. Y lo digo porque parece que fue ayer cuando mi cuñada Cuca — María del Refugio Casillas — dejó de existir víctima de una enfermedad incurable, dejando a mi hermano en la viudez, después de 53 años de matrimonio.

No, no tuvieron hijos, pero en cambio heredó un medio centenar de pájaros canoros incluyendo cenizos, cardenales, calandrias, gorriónes y canarios. Como ya se imaginarán en la casa de mi cuñada todo el día se oían los trinos de estas aves, por lo que en son de broma le decíamos:-- “¿Oyes? Ya tus hijos tienen hambre.” Y entonces solícita, cual madre amorosa, distribuía raciones de pan remojadas en leche, frutas en trocitos y el imprescindible alpiste. Esto, y con sus cuencos llenos de agua limpia, eran los estímulos para que los pájaros siempre estuvieran alegres.

Pero con la ausencia de Cuca la atención a las aves disminuyeron, no tanto por el interés que mi hermano puso para cuidarlos, sino mas bien porque su presencia era un recuerdo de la amorosa mujer que volcó su amor frustrado de madre en la cría y cuidado de estos hermosos animales del monte. Hasta eso que mi hermano Juan los atendió hasta donde pudo, pero poco a poco los fue vendiendo o regalando junto con las jaulas, y ahora el silencio es el compañero de su soledad.

Y lo anterior viene a colación porque hace unos días, en las calles del centro de la ciudad, vi a varias personas que estaban ofreciendo en venta aves canoras encerradas en pequeñas jaulas de alambre. Lo primero que me vino a la mente fue indagar de que lugar procedían y si era legal el comercio de esos animales, porque muchas aves y mamíferos que están en peligro de extinción están protegidos por las leyes mexicanas.

No tuve oportunidad de preguntarles sus lugares de origen, pero si me acordé de un pueblo del Estado de México llamado San Bartola Morelos en el que muchos de sus habitantes viven del oficio de pajareros. En esa región hay familias de la rama Otomí y son ellas quienes se dedican a la captura, cría y venta de las aves canoras. Por ser una vieja tradición, los padres las transmiten a los hijos desde que éstos

son pequeños. Durante su período de aprendizaje, los jefes de familia insisten en la importancia que reviste para ellos continuar ejerciendo el oficio de pajarero.

Años atrás era común encontrar en nuestra ciudad a estas personas cargando una pila llena de canarios, cardenales, gorriones y periquitos. A veces la pirámide de jaulas era tan alta que uno se preguntaba como podían guardar el equilibrio. Pero para ellos es un orgullo porque piensan que sus pájaros están más cerca de Dios. Los pajareros recorren caminos polvorientos y grandes avenidas, calles de colonias populares y elegantes fraccionamientos, porque saben que en cualquier parte pueden ofrecer y vender sus aves canoras, sobre todo si sus precios son accesibles.

Contra lo que pudiera pensarse estos pajareros, al menos en el poblado de San Bartola Morelos, están organizados en la Asociación de Vendedores de Aves Canoras. Por cierto se dice que su fama se ha propalado fuera de las fronteras de nuestro país, y en algunas ocasiones han aparecido en la televisión europea.

Así es que si en alguna ocasión uno de estos vendedores le ofrece a un buen precio una de estas aves, pregúntele por curiosidad si proviene de esa comunidad indígena. Así podrá adquirirla sin violar la ley y de paso ayudará a estas personas que viene de tan lejos a ofrecer su original mercancía. En cuanto a mi cuñada Cuca, me parece verla en el paraíso rodeada de los preciosos animalitos que tanto amó y que de seguro la han seguido al más allá.

LA PINTURA RUPESTRE Y EL RANCHO EL CAJONCITO I

A escasos 15 kilómetros al norte de la ciudad de La Paz se localiza el rancho El Cajoncito formado por unas cuantas casas construidas en la ribera derecha del arroyo del mismo nombre. El nombre de El Cajoncito es parte de la historia de nuestra ciudad y forma parte de nuestras tradiciones. Pero su explicación la dejamos para otra ocasión.

De plano no se me quita lo curioso, y es que hace quince días conocí a don Miguel Galindo Liera quien vive en la última casa de ese lugar, acompañado de su esposa doña Celia Verdugo Famanía. Güero requemado, de ojos verdes, bajo de estatura y con un cuerpo encanijado, es decir, tirando más a flaco que gordo, y de unos sesenta años de edad, don Miguel es un rancharo que se las sabe de todas. Allá por lo sesenta fue pizcador de algodón en el valle de Santo Domingo, después trabajó con don Victoriano Polanco donde la hacía de domador de bestias broncas, los años siguientes trabajó en el rancho Las Binoramas y por último se vino a radicar al Cajoncito.

En el transcurso de la plática me dijo que era dueño de un caballo bailador que compartía el “gusto por la vida” y también las cervezas. — “Oiga don Miguel, ¿Y de veras es cierto? En una ocasión — me contestó — entré a una cantina y pedí dos cervezas. Me salí a la calle donde tenía amarrada la bestia y le dejé ir una por el hocico mientras yo me tomaba la otra. Como ví que se relamió, entré por otras dos y juntos nos las empinamos. Le gustaba el trago y si escuchaba alguna melodía luego, luego, se ponía a bailar.

En algún momento la conversación giró sobre el arroyo que se encuentra a un lado de su casa y lo ancho de éste y que se le conoce como el “arroyo de El Cajoncito”. Es el mismo que desemboca a un lado del libramiento sur y llega al mar cerca del hotel Crown Plaza. — “Más arribita — me dijo don Miguel — hay una roca en la que esta pintada de rojo — ocre — una venada. Si quiere un día de estos lo llevo para que la conozca.

No me lo hubiera dicho. Quedé formalmente de regresar el siguiente domingo llevando mi cámara fotográfica y la libreta de

apuntes. Para esto, unos días antes me di a la tarea de revisar algunos libros que se refieren a las pinturas rupestres que existen en nuestro Estado y, en especial del municipio de La Paz, y no encontré ningún dato sobre “la venada”. Así es que fue mayor mi interés por conocer ese lugar.

Y fue así como nos presentamos en el rancho, listos para hacer la travesía por todo el cauce del arroyo. Mis compañeros en la caminata fueron don Miguel quien sirvió de guía, Roberto casado con mi nieta Adriana y el ingeniero Carlos Angulo Valadez, estudiante de doctorado en la UABCS. --“¿Y qué tan lejos está la piedra pintada, don Miguel? Mi pregunta llevaba jiribilla pues ya conocía como miden las distancias los rancheros. Y en efecto, me respondió: --“Adelantito, donde hace recodo el arroyo, ahí está” Y ese “adelantito” se convirtió en un kilómetro y medio, caminando por el arenal y con un sol de mediodía que quemaba como si fuera el mes de agosto.

En medio del arroyo se levanta un montículo de piedras de regular tamaño y en la cima se encuentra una más grande que tiene una pared lisa de un poco más de un metro cuadrado. Ahí, abarcando todo el espacio se encuentra una figura diluida de un animal el que según don Miguel, era una venada. Ya casi no se pueden apreciar los contornos, pero si una desportilladura en el sitio donde estaba la cabeza, causada quizá por una persona que se llevó esa parte de la piedra como un recuerdo.

Un tanto desilusionados regresamos al rancho pero ahora por la ladera del arroyo. En la travesía les platiqué a mis acompañantes que esta región había sido habitada por indígenas de la tribu guaycura y que el padre jesuita Jaime Bravo, fundador de la misión de La Paz en 1720, en un recorrido que hizo para llegar a las costas de la hoy región de Los Planes, encontró grupos de indios que se comportaron amigables con ellos. Era probable que ellos o sus antepasados fueran los que pintaron la venada y las otras pinturas que se localizan en el rancho de El Palmarito un poco más arriba de la presa de La Buena Mujer.

II

Al tercer día de nuestra frustrada visita a la piedra pintada de “la venada”, me platicaron que Carlos se había insolado por lo que va a ser difícil que de nuevo me acompañe en mis recorridos. Sobre todo por esos cauces de arroyo que aparte de la arena, hay que ir sorteando y brincando piedras en todo el trayecto.

El arroyo del Cajoncito, en su parte alta, así está conformado: de arena y piedras, muchas ellas de gran espesor que están semienterradas en el lecho del arroyo. Pero lo más sorprendente fue lo que me dijo don Miguel cuando hice referencia a ello:

--No crea que este cauce siempre ha sido así. Hace unos 30 años este arroyo era de pura arena y no se veían las piedras. Por aquí pasaba con mis burros en busca de hojas pues había palmares en toda esta zona. Pero los continuos ciclones han ido arrastrando la arena y el cauce se va haciendo cada vez mas hondo. Pero el que acabó con todo fue el “Juliette” que destruyó los palmares y descubrió el montón de piedras que ahora vemos.

Don Miguel se refería al ciclón que durante los días 27, 28 y 29 de septiembre del 2001 golpeó a la ciudad de La Paz y sus alrededores. Por la zona de El Cajoncito las lluvias se acrecentaron de tal manera que su familia tuvo que abandonar la casa y todas sus pertenencias, pues el agua ya la estaba inundando.

Y es que el arroyo en su parte alta es muy estrecho y por eso la corriente de agua se desboca con mucha fuerza, arrastrando todo lo que hay en su paso. Es por eso lo del Cajoncito. Para evitar en parte los peligros de los huracanes, en los años 80 se construyó la presa de La Buena Mujer, aunque en casos extremos de lluvias torrenciales, se mantienen abiertas las compuertas para evitar males mayores.

El Cajoncito ocupa un lugar especial en las costumbres de los habitantes de La Paz, porque en los meses de verano se recorría esa región en busca de las ciruelas del monte. Tenía fama, junto con la zona de El Piojito, de producir las mejores ciruelas y los chuniques más apetitosos. No hace muchos años, era común ver en las calles personas vendiendo esa fruta que llevaban en baldes y como medida un platillo

cafetero. Algunos sibaritas adquirirían frascos llenos de pepitas—extraídas de los chuniques—las cuales consumían aderezadas con miel de colmena

El Cajoncito también forma parte de la historia de la ciudad de La Paz dado que a la altura donde se encuentra el rancho, se encontraban los pozos que surtían de agua a la población. Allá por los años cincuenta, se encontraba instalada una tubería de 8 pulgadas que llegaba a una pila construida en el cerro del Mirador y de allí el agua se distribuía al centro de la ciudad. Y lo extraordinario del caso es que el líquido recorría lo menos 12 kilómetros impulsado únicamente por la gravedad.

Ahora, con una red de agua potable que utiliza una veintena de pozos accionados por energía eléctrica, el recuerdo de un sistema elemental para conducir el agua, es solo eso, un recuerdo. Como lo es la construcción de una caseta de ladrillo empotrada en uno de los costados rocosos del arroyo, que resguarda los pozos que durante muchos años calmó la sed de los paceños.

LAS LÁGRIMAS DE AMALIA HERNÁNDEZ

En el verano de 1976, invitada por el licenciado Ángel César Mendoza Arámburo en ese entonces gobernador de nuestra entidad, vino a esta ciudad de La Paz la directora del Ballet Folklórico de México, Amalia Hernández. Para los que conocían su trayectoria en la danza mexicana, su visita fue un acontecimiento, más aún por que dio a conocer sus intenciones de incluir en el repertorio de su ballet los bailables regionales como “El Chaverán”, “La Suegra”, “El Apasionado” y “Las Calabazas”.

Su atento anfitrión la acompañó a los sitios más interesantes de nuestra capital y fue en el malecón, donde extasiada por la belleza de nuestra bahía, sugirió la construcción en este lugar de un teatro al aire libre en forma de caracol.—“Y en él—dijo al gobernante—el Ballet Folklórico bailará en un escenario natural como hay pocos en el mundo”.—Por supuesto la sugerencia quedó flotando en el aire, ya que una obra de esta naturaleza estaba fuera del raquíico presupuesto de ese entonces.

Días después, acompañada de Alfredo Fisher, su esposa la maestra Rufina Melgar y su hija Lupita, viajó a la población de Todos Santos a fin de visitar la Casa de la Cultura y saludar al profesor Néstor Agúndez, de quien tenía referencias gracias a la correspondencia epistolar. Con avidez intelectual supo de la historia de este hermoso pueblo y de cómo las artes entre ellas la danza, se practicaban entre niños y jóvenes. Recorrió parte del pueblo siempre acompañado de Néstor, y por la tarde la llevó a la orilla del mar donde, resguardada por frondosos palmares, contempló la inmensidad del Océano Pacífico.

Refiriéndose a esa visita dice el profesor Agúndez:--“Pero por debajo de su alegría yo notaba que algo le preocupaba porque de momentos se quedaba callada y un velo de tristeza cubría sus ojos. Repuesta, continuaba la plática haciendo referencia al orgullo que sentía por dirigir un ballet que había llevado el folklore mexicano a sesenta países y a cerca de 300 ciudades de todo el mundo. Y, de pronto, volvía a su mutismo, como si algo doloroso la estuviera molestando. Al fin, y tratando de no pecar de indiscreto, le pregunté la causa de su desasosiego. No lo hubiera hecho, pues las lágrimas fluyeron de sus ojos

y con palabras impregnadas de indignación, pero también de impotencia, me confesó:

--Vine a La Paz con la intención de llevarme las danzas de esta región para incluirlas en el repertorio del Ballet Folklórico de México, tal como lo he venido haciendo con las demás entidades de la República, incluso me había propuesto componer la coreografía de otra danza relacionada con los pizcadores de algodón del Valle de Santo Domingo, al igual como usted lo hizo con los cañeros de esta región. La idea era buena y así le pareció al gobernador Mendoza Arámburo, quien me ofreció las facilidades del caso. Pero un periódico de La Paz, no recuerdo el nombre, habló mal de mí diciendo que quería apropiarme de la música y los bailables de esta tierra, siendo que mi única intención es que fueran conocidos no sólo en México, sino en todo el mundo. La acusación me dolió mucho y ahora ese proyecto va a quedar pendiente...”

--Y diciendo lo anterior—continúa Néstor—las lágrimas nublaron nuevamente sus ojos e impotente se recostó en mi hombro. Ante la injusticia cometida con esa extraordinaria artista mexicana, sentí que mis ojos se humedecían no tanto por compartir su pena, sino mas bien por la incomprensión de algunas personas que no alcanzan a valorar el daño que hacen.

Ya va para 28 años de ese suceso y las danzas de Baja California Sur son quizá las únicas que no aparecen en el repertorio del Ballet de Amalia Hernández. Platica Néstor que en esa visita, Amalia le ofreció regalarle cien trajes regionales con la condición de que mandara por ellos a la ciudad de México. La oferta era extraordinaria, pero lamentablemente nunca pudo mandar por ellos ya que era necesario el apoyo del gobierno del Estado. Se perdió esa oportunidad, como se han perdido otras por culpa de la indiferencia humana.

Lo bueno de la visita de Amalia Hernández es que aquí le quedó una eterna admiradora la cual, después de tantos años transcurridos, aún la recuerda como lo que fue: una gran artista mexicana. ¿Verdad, Lupita?

ITURBIDE Y LA “GÜERA” RODRÍGUEZ

En el año de 1884, el agrimensor Guillermo Denton, apoderado de los herederos de Agustín de Iturbide, quien fuera emperador de México en los años de 1822 y 1823, reclamó las propiedades que les pertenecían en la península de la Baja California que sumaban la “modesta” extensión de 200 sitios de ganado mayor, equivalente a 351,000 hectáreas localizadas en los municipios de La Paz y San Antonio, en la zona de la Magdalena—lo que hoy es el Valle de Santo Domingo--, las islas Cerralvo, San José, San Marcos, Ángel de la Guarda, Cedros y parte de la frontera con los Estados Unidos.

Los herederos de Iturbide se apoyaban en un decreto emitido en el mes de marzo de 1852 sobre terrenos baldíos y sus títulos a su favor que fueron reconocidos por el gobierno en 1860. Desde luego, cuando la solicitud llegó a manos del jefe político en busca de autorización para la mensura y deslinde de esos terrenos, éste que era Pedro M. Navarrete, ni tardo ni perezoso, consultó el caso al gobierno de la República, sobre la validez de la solicitud, a la vez que protestaba por el despojo que se pretendía hacer a los legítimos dueños que eran los rancheros bajacalifornianos.

El Ministerio de Fomento atendió de inmediato el problema justificando el derecho de los habitantes de la península de poseer esos terrenos, y como es natural en estos casos, le dio largas al asunto hasta quedar olvidado. De todas maneras ese reclamo de propiedades nos revela hasta donde la Baja California ha sido codiciada por propios y extraños.

Agustín de Iturbide es un personaje de la historia de México porque junto con Vicente Guerrero dio culminación a la Guerra de Independencia el 27 de septiembre de 1821, después de once años de luchas en que murieron muchos mexicanos, entre ellos Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, José María Morelos y Francisco Javier Mina. Refieren las crónicas que ese día, las tropas que entraron a la ciudad de México encabezadas por Iturbide, fueron desviadas a propósito por una calle lateral, a fin de que una hermosa dama pudiera presenciar el desfile militar y arrojarle flores al orgulloso caudillo.

La dama en cuestión no era otra que María Ignacia Rodríguez de Velasco, mejor conocida en esa época como la “Güera Rodríguez”, una mujer que en aquel tiempo figurara como principal gala y ornato de la alta sociedad, provocando admiración y escándalo en los más encumbrados salones de la aristocracia de ese entonces.

Como bien lo narra don Artemio del Valle-Arizpe, doña María Ignacia era muy popular y prodigaba simpatía y belleza. México entero estaba lleno de su presencia y no había en la ciudad quien no la admirase. Era el centro de todas las miradas y todos los deseos. Cuentan que en una ocasión, un fulano feísimo, tuerto y con una horrible cicatriz en el rostro, se enamoró perdidamente de la Güera y por eso le pidió al diablo que se la consiguiera a cambio de su alma. A lo que Luzbel le contestó:--“¡ Oye tú, no me ofrezcas tu alma que ya es mía por tantos pecados que tienes. Y en cuanto a la Güera Rodríguez, para mí la quisiera, tuerto desgraciado!

Y es que la dama en cuestión, asediada por su belleza, no era indiferente a los acosos masculinos tanto, que tuvo fama por los numerosos amoríos que tuvo en su vida. El libertador Simón Bolívar no fue inmune a sus encantos, así como el Barón de Humboldt, famoso viajero alemán quien llegó a México en 1803.

Pero por lo demás fue una mujer que respaldó los intentos independentistas de los mexicanos con riesgo de ser acusada ante la Inquisición. Conoció a don Miguel Hidalgo y siempre se tuvo la creencia de su ayuda económica para el movimiento. Mujer valiente y altiva, pregonaba su entusiasmo por los hombres que luchaban por la independencia y no fueron pocas las veces que lo hizo en la misma corte virreinal.

María Ignacia Rodríguez de Velasco fue una figura femenina relevante en los años finales del dominio español, y en los que la Güera Rodríguez matizó con encanto esa parte de la historia de México.

LAS LÁGRIMAS DE AMALIA HERNÁNDEZ

En el verano de 1976, invitada por el licenciado Ángel César Mendoza Arámburo en ese entonces gobernador de nuestra entidad, vino a esta ciudad de La Paz la directora del Ballet Folklórico de México, Amalia Hernández. Para los que conocían su trayectoria en la danza mexicana, su visita fue un acontecimiento, más aún por que dio a conocer sus intenciones de incluir en el repertorio de su ballet los bailables regionales como “El Chaverán”, “La Suegra”, “El Apasionado” y “Las Calabazas”.

Su atento anfitrión la acompañó a los sitios más interesantes de nuestra capital y fue en el malecón, donde extasiada por la belleza de nuestra bahía, sugirió la construcción en este lugar de un teatro al aire libre en forma de caracol.—“Y en él—dijo al gobernante—el Ballet Folklórico bailará en un escenario natural como hay pocos en el mundo”.—Por supuesto la sugerencia quedó flotando en el aire, ya que una obra de esta naturaleza estaba fuera del raquíico presupuesto de ese entonces.

Días después, acompañada de Alfredo Fisher, su esposa la maestra Rufina Melgar y su hija Lupita, viajó a la población de Todos Santos a fin de visitar la Casa de la Cultura y saludar al profesor Néstor Agúndez, de quien tenía referencias gracias a la correspondencia epistolar. Con avidez intelectual supo de la historia de este hermoso pueblo y de cómo las artes entre ellas la danza, se practicaban entre niños y jóvenes. Recorrió parte del pueblo siempre acompañado de Néstor, y por la tarde la llevó a la orilla del mar donde, resguardada por frondosos palmares, contempló la inmensidad del Océano Pacífico.

Refiriéndose a esa visita dice el profesor Agúndez:--“Pero por debajo de su alegría yo notaba que algo le preocupaba porque de momentos se quedaba callada y un velo de tristeza cubría sus ojos. Repuesta, continuaba la plática haciendo referencia al orgullo que sentía por dirigir un ballet que había llevado el folklore mexicano a sesenta países y a cerca de 300 ciudades de todo el mundo. Y, de pronto, volvía a su mutismo, como si algo doloroso la estuviera molestando. Al fin, y tratando de no pecar de indiscreto, le pregunté la causa de su

desasosiego. No lo hubiera hecho, pues las lágrimas fluyeron de sus ojos y con palabras impregnadas de indignación, pero también de impotencia, me confesó:

--Vine a La Paz con la intención de llevarme las danzas de esta región para incluirlas en el repertorio del Ballet Folklórico de México, tal como lo he venido haciendo con las demás entidades de la República, incluso me había propuesto componer la coreografía de otra danza relacionada con los pizcadores de algodón del Valle de Santo Domingo, al igual como usted lo hizo con los cañeros de esta región. La idea era buena y así le pareció al gobernador Mendoza Arámburo, quien me ofreció las facilidades del caso. Pero un periódico de La Paz, no recuerdo el nombre, habló mal de mí diciendo que quería apropiarme de la música y los bailables de esta tierra, siendo que mi única intención es que fueran conocidos no sólo en México, sino en todo el mundo. La acusación me dolió mucho y ahora ese proyecto va a quedar pendiente...”

--Y diciendo lo anterior—continúa Néstor—las lágrimas nublaron nuevamente sus ojos e impotente se recostó en mi hombro. Ante la injusticia cometida con esa extraordinaria artista mexicana, sentí que mis ojos se humedecían no tanto por compartir su pena, sino mas bien por la incomprensión de algunas personas que no alcanzan a valorar el daño que hacen.

Ya va para 28 años de ese suceso y las danzas de Baja California Sur son quizá las únicas que no aparecen en el repertorio del Ballet de Amalia Hernández. Platica Néstor que en esa visita, Amalia le ofreció regalarle cien trajes regionales con la condición de que mandara por ellos a la ciudad de México. La oferta era extraordinaria, pero lamentablemente nunca pudo mandar por ellos ya que era necesario el apoyo del gobierno del Estado. Se perdió esa oportunidad, como se han perdido otras por culpa de la indiferencia humana.

Lo bueno de la visita de Amalia Hernández es que aquí le quedó una eterna admiradora la cual, después de tantos años transcurridos, aún la recuerda como lo que fue: una gran artista mexicana. ¿Verdad, Lupita?

ENSENADA DE MUERTOS, UN PARAÍSO PERDIDO

La llamada telefónica fue de la ciudad de México para preguntarme: ¿En la Ensenada de Muertos existía un muelle que se utilizaba para el embarque del oro y la plata que se extraían de las minas de El Triunfo y San Antonio? Y, ¿por qué tiene ese singular nombre ese lugar? Las respuestas requirieron un poco de antecedentes históricos y un algo más de investigación documental y de entrevistas.

Localizada en el Golfo de California, la Ensenada forma parte de la Bahía de Muertos un poco al sur de la isla de Cerralvo y la bahía de La Ventana. Aunque esta región ya aparecía en los mapas de fines del siglo XIX, lo cierto es que permaneció ignorada hasta los años cuarenta del siglo pasado cuando se abrió la zona agrícola de Los Planes y se construyó la carretera que la une con la ciudad de La Paz.

Todo el siglo XX la Ensenada de Muertos sirvió como lugar de refugio de los pescadores de la región, además de ser una zona donde abundan toda clase de peces, entre ellos el marlin, el dorado, el pargo y la cabrilla, Si a esto se le suman sus hermosas playas y la tranquilidad y transparencia de sus aguas, en verdad podíamos decir que era un verdadero paraíso sudcaliforniano.

Un paraíso que tiene que ver con las leyendas y las tradiciones de esta tierra a la que Fernando Jordán llamó “El otro México”. En “EL Coromuel”, una de las leyendas más conocidas, se cuenta que en ese lugar se encontró un valioso tesoro, y que fueron los tripulantes del barco “Cromwel” quienes recuperaron ese botín, dejando grandes excavaciones como testimonio.

Y por lo que respecta al nombre impuesto a la bahía y a la ensenada, la tradición dice que allá por el siglo XVIII, uno de los barcos que hacía la travesía transoceánica – Asia- América--, arribó a ese lugar para dejar en tierra a 9 marineros que habían muerto de tifus y que muchos años después aún se podían ver las cruces con los nombres de los infortunados navegantes.

La Ensenada de Muertos cobró importancia en los años 20 del pasado siglo, cuando la Compañía Minera Peninsular de El Triunfo de capital francés y subsidiaria de la empresa El Boleo, recibió una concesión de 707 hectáreas en las que había 48 fundos mineros. Para facilitar la salida del producto, los accionistas de la compañía fueron autorizados para construir un camino de San Antonio a la Ensenada de Muertos, lugar donde se había acondicionado un puerto que les permitiría exportar sus minerales a la vez que traer la maquinaria y los materiales necesarios para la explotación.

En la Ensenada se construyó una bodega y el muelle fue construido de piedra en forma de terraplén, con cinco escaleras para facilitar la carga y descarga de los materiales. Platica don Eduardo Geraldo Geraldo, quien actualmente vive en el poblado de San Pedro México, que a él le tocó participar en la construcción del camino y después formó parte de los trabajadores que vivieron en la Ensenada. Eran varios los empleados que radicaron en ese lugar, pues hasta una tienda establecieron y quedó en proyecto el funcionamiento de una escuela.

A don Eduardo hay que creerle ya que a sus 104 años todavía posee buena memoria y su sentido del oído es inmejorable. Con tantos años encima su vida está llena de recuerdos mismos que comparte con su esposa doña Gregoria – tiene 94 años-- y sus seis hijos de los que cuatro viven en la misma comunidad. Por don Eduardo me enteré de que el camino construido por los franceses pasaba por el rancho de El Tecuán y salía a la altura del poblado Agua Amarga, unos diez kilómetros antes de llegar a la Ensenada de Muertos.

Desafortunadamente la empresa minera suspendió sus actividades cinco años después de iniciadas y el puerto de la Ensenada fue abandonado. El tiempo y el descuido de las autoridades, sobre todo del INAH, han prohiado la destrucción paulatina del muelle, mismo que fue declarado como monumento histórico del municipio de La Paz por esa misma institución.

Ahora, toda esa hermosa zona costera ha sido vendida a particulares, en especial a inversionistas extranjeros. Aparte de letreros prohibiendo la entrada, existen guardianes que solo permiten el acceso previa identificación del vehículo. La Ensenada de Muertos se llama hoy Bahía de los Sueños, un complejo turístico de grandes proporciones para

uso y disfrute de los nuevos dueños. Sus antaños poseedores, por tradición y derecho, los pescadores de Agua Amarga y San Pedro México, cada vez que tratan el tema, además de su indignación e impotencia, no dudan en afirmar que Ensenada de Muertos es ya un paraíso perdido.

MANUEL MÁRQUEZ DE LEÓN Y HERACLIO BERNAL

En mi libro “Las calles y monumentos históricos de la ciudad de La Paz”, hice mención de las similitudes existentes entre el héroe sinaloense Antonio Rosales y el ilustre sudcaliforniano Manuel Márquez de León. Los dos fueron defensores de la soberanía nacional en su lucha contra la intervención francesa en el siglo XIX, y los dos obtuvieron el grado de generales del ejército mexicano. Ambos participaron en la guerra contra los norteamericanos en los años de 1846 a 1847 y estuvieron combatiendo en la Guerra de Reforma, respaldando el gobierno de don Benito Juárez y la Constitución de 1857.

Existió otro hombre en Sinaloa que luchó contra el gobierno del general Porfirio Díaz cuando éste fue presidente de nuestro país, y cuyas hazañas se recuerdan no tanto por sus acciones militares, sino más bien porque es considerado como un “bandido generoso, azote de los ricos y benefactor de los pobres...”. Un bandolero simpático, temerario y astuto, hecho a imagen y semejanza del pueblo, a la medida de su imaginación. Este hombre fue Heraclio Bernal, un personaje que pudo llegar a ser un gran caudillo y que naufragó en las redes sutiles de la leyenda romántica.

Gracias a la gentileza del Lic. Gilberto López Alanís, Director del Archivo Histórico y General del Estado de Sinaloa, quien me obsequió la monografía del Municipio de Cosalá, es que pude enterarme de la vida y hechos de Heraclio Bernal. Hechos que mucho tuvieron que ver con el gobierno despótico del general Díaz y la explotación de que eran víctimas los mineros y campesinos sinaloenses.

Pero lo que mas llama la atención es que Bernal, al igual que Márquez de León, se levantó en armas contra la dictadura, el primero en 1885 y el segundo en el año de 1879. Márquez, como se sabe, expidió el Plan Revolucionario de El Triunfo, contando con la supuesta participación del general Jesús Ramírez Terrón, de Sinaloa, lo que al fin de cuentas no tuvo éxito. Heraclio, por su parte, dio a conocer el Plan de la Rastra, en el que proclamaba:--“El gobierno actual no es obra de los pueblos, ni respeta las garantías que todo hombre debe disfrutar con arreglo al Pacto Federal...los actuales gobernantes se han impuesto por

sí mismos y porque también no hay moralidad, ni justicia, ni protección para los ciudadanos...se protege a los extranjeros con perjuicio de los mexicanos...es indispensable tomar las armas para quitar a los malos gobernantes y hacer que impere la Constitución...”

Bernal se había puesto de acuerdo con el general Trinidad García de la Cadena para iniciar el movimiento antiporfirista, pero al ver que se había quedado solo—tal como sucedió con Márquez de León—y amargado por el fracaso de ese intento revolucionario, se despidió de sus hombres y de nueva cuenta se convirtió en el “bandido” que la leyenda ha forjado de sus correrías en los llanos y montes sinaloenses.

Lo que resulta novedoso es que en 1880, un año después del movimiento marquista, Heraclio Bernal se sumó a las fuerzas del general Terrón, quien se había levantado en armas contra el régimen de Porfirio Díaz. Al fin de cuentas este militar siempre respaldó a Márquez de León, aunque después perdió la vida y con ello el intento de derrocar al dictador.

En el mes de enero de 1888, un destacamento militar dio muerte a Bernal en su refugio del Cerro Pelón, traicionado por su compadre Crispín García. El gobernador Francisco Cañedo, enemigo encarnizado del guerrillero, entregó la recompensa de diez mil pesos a los autores de su muerte. Dice su biógrafo Mario Gil que “la historia ha cerrado sus puertas al gran revolucionario, ignorándolo injustamente. El pueblo, en cambio, le ha hecho justicia en sus cantos, idealizándolo, quizá por que se idealiza siempre todo lo que se ama...”

En 1921, el trío Nava cantaba el corrido de Heraclio Bernal que empieza así: *Año de mil ochocientos/ noventa y dos al cantar/ compuse yo esta tragedia/ que aquí les voy a cantar/. Estado de Sinaloa/ gobierno de Mazatlán/ donde daban diez mil pesos/ por la vida de Bernal...*

UNA SUDCALIFORNIANA DEL PASADO

A María Amparo Maytorena Ruiz le tocó vivir en su juventud la ocupación de la ciudad de La Paz por las tropas norteamericanas en el año de 1847. Miembro de una de las familias distinguidas, sus padres mantuvieron relaciones de amistad con los jefes y oficiales extranjeros, y también con las autoridades mexicanas impuestas por ellos, como lo fue el P. Ignacio Ramírez de Arellano, presidente municipal de La Paz.

En una de tantas convivencias sociales que tuvieron lugar ese año, el Tte. Cor. Henry S. Burton, jefe de las fuerzas destacamentadas en la ciudad, conoció a María Amparo, quien era una hermosa jovencita de 15 años de edad. Nieta de don José Manuel Ruiz, gobernador de la entidad en los años de 1822 a 1825, sus padres y su abuelo le proporcionaron una esmerada educación que le fue muy útil en su vida futura.

En 1848, cuando se firmó el fin de la guerra entre México y los Estados Unidos, un numeroso grupo de familias de La Paz, Todos Santos, San Antonio y San José del Cabo emigraron al país vecino, ya que se les consideró colaboradores de las fuerzas invasoras. Una de esas familias fue la de María Amparo que fijó su residencia en la ciudad de Monterrey, California, lugar donde continuó sus relaciones amorosas con Burton.

Cuando formalizaron el noviazgo con miras a contraer matrimonio, el primer obstáculo que encontraron fue la diferencia de creencias, ya que uno era protestante y la otra católica. Aún así, y con una dispensa especial de la autoridad eclesiástica, el P. Ignacio Ramírez de Arellano los bendijo como marido y mujer. De esa fecha, 9 de julio de 1849, María Amparo inició una intensa vida social acompañando a su esposo a las diferentes ciudades donde el gobierno lo comisionó. Así, vivió en San Francisco, San Diego, Nueva York, Washington, Richmond y otras más, lo que no fue impedimento para que mantuviera las amistades a través de una intensa correspondencia epistolar.

Al lado de su esposo—Burton llegó a general del ejército norteamericano—participó en los vericuetos de la diplomacia y tuvo la oportunidad de conocer al presidente Abraham Lincoln y a su esposa. En el capitolio de Washington escuchó los discursos de políticos famosos

de la época como Davis, Summer y Hughes, quienes tuvieron destacada en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos.

Pero sus grandes amigos que la ligaban con México y la Baja California fueron José Matías Moreno y Mariano Guadalupe Vallejo, personas que residían en San Diego. A ellos les confesaba su gran preocupación que tenía por nuestro país en esos años de la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Y como si fuera clarividente, cuando conoció en Nueva York al licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, comentó que esa persona debería ser el próximo presidente de México, después de don Benito Juárez.

María Amparo Ruiz de Burton murió en el año de 1895. Viuda desde 1869, esta mujer sudcaliforniana supo desenvolverse con éxito y dejó para la posteridad una comedia y varias novelas. Una de ellas, "The Squatters and the Don" tiene como tema los despojos de que fueron víctimas los mexicanos que se fueron a vivir a los Estados Unidos, sobre todo en el Estado de California.

El reconocimiento de esta dama nacida en Loreto, lo hacen Rosaura Sánchez y Beatrice Pite, maestras de la universidad de California, quienes hicieron posible la edición de su libro "Conflicts of Interest. The letters of María Amparo Ruiz de Burton", en el año de 2001. En la introducción del libro dicen de ella que:--"por todos lados María Amparo Ruiz de Burton fue una extraordinaria y talentosa mujer..."

Ayunos de figuras notables en el siglo XIX, esta mujer que nunca dejó de sentirse bajacaliforniana, merece un reconocimiento especial, mas que nada por que se le considera una intelectual, autora de varias obras literarias avaladas por instituciones culturales y educativas norteamericanas.

ISIDRO JORDÁN Y LA LUNA

No, no es que Isidro sea un admirador de la luna o le guste recordar aquellos versos del poeta chiapaneco Jaime Sabines que dicen: “La luna se puede tomar a cucharadas o como una cápsula cada dos horas...”. No, lo que relaciona a Isidro son los viajes de los astronautas a ese satélite de la tierra, sobre todo el primero ocurrido en el mes de julio de 1969

Pero hagamos un poco de historia: En la región cercana a la costa que abarca desde el kilómetro 37 al 80 de la carretera transpeninsular al norte de la entidad, se localizan varios ranchos ganaderos y tres ejidos conocidos como Conquista Agraria y Reforma Agraria uno y dos. Un poco antes se encuentra el rancho “El Chivato” propiedad desde hace muchos años de nuestro amigo Isidro.

Durante ese tiempo su propietario ha luchado por conservarlo pese a las dificultades de un clima semidesértico, la falta de comunicaciones y, sobre todo, la escasez de agua. Dotado de un pozo abierto lograban satisfacer en parte la sed de los animales, turnándose para extraer el agua utilizando una manivela adaptada al brocal del pozo. Era un faena agotadora a la que había que sumar las levantadas de madrugada a fin de atender la ordeña, elaborar el queso y llevar a pastar al ganado. Aunque claro, estaban acostumbrados, pues esa es la vida de los rancheros.

Por otra parte, las sequías eran el vía crucis de los habitantes de la zona rural por lo que en muchas ocasiones tenían que resignarse a ver morir a sus reses por falta de alimento y la falta de agua. Aún así, permanecían aferrados a sus lugares, esperanzados en la llegada de las buenas épocas de lluvia las cuales, junto con el pasto, harían posible la supervivencia de su ganado.

Todo esto lo vivió Isidro hasta que optó por una solución: perforar un pozo profundo capaz de surtir de agua para sus animales y también utilizarla para la siembra de forrajes. Y como nunca ha sido un hombre timorato, gestionó la autorización y contrató una máquina perforadora que de inmediato comenzó los trabajos. Era el año de 1969.

Hace un poco mas de 45 años Estados Unidos y Rusia, por medio de su avanzada tecnología, iniciaron una cerrada competencia como miras de llegar y conquistar el espacio y cuya meta inicial era la luna. En 1959, la sonda soviética Sonda 1 se estrelló en el satélite y poco después las Sondas 2 y 3 lograron tomar cientos de fotografías del lado desconocido de la luna. En 1961, Yuri Gagarin fue el primer hombre que llegó al espacio. En respuesta, el presidente Kennedy aseguró que su país sería el primero en poner a un hombre en la superficie lunar. Y así fue en efecto: en el año de 1969, el 20 de julio, Neil Amstrong y Buzz Aldrin fueron los primeros astronautas en pisar la corteza de ese satélite.

Ese mismo día por la tarde, Isidro se encontraba parado cerca del lugar donde se perforaba el pozo, cuando el responsable del trabajo le preguntó:--“Señor, ya llevamos cien metros y no encontramos agua, ¿Qué hacemos?- Para Isidro era una decisión difícil de tomar, pero llevado de una corazonada, le contestó: -“Ustedes síganle más abajo-. Y dicho esto se retiró ya que debía regresar a La Paz en busca de forraje para las reses.

Al anoecer, en el rancho del capitán Castañeda – uno de los pocos lugares donde se veía la televisión – Isidro escuchaba las sorprendentes noticias de que dos norteamericanos habían llegado a la luna. Más tarde, cuando regresó a su casa lo esperaba el perforista, quien al verlo le dijo jubilosamente: ¡La encontramos, don Isidro, la encontramos!-Al mismo tiempo que le mostraba un garrafón lleno de agua.

Hoy, quien visita el rancho de “El Chivato”, encontrará a la entrada una placa que dice: “El agua de este pozo se encontró el 20 de julio de 1969, fecha en que el hombre pisó por primera vez la superficie lunar”

EL MANGLITO, UN BARRIO CON HISTORIA

Cuando los viejos habitantes de la ciudad de La Paz hablan del barrio El Manglito, siempre recuerdan sus hermosas playas cuyas orillas estaban cubiertas de manglares y palmeras y a escasos metros dentro del mar se encontraban toda clase de moluscos como las almejas chocolatas, las roñosas, las patas de mula, los ostiones y las hachas. Además, los afectos a la pesca desde la orilla sacaban animales de buen tamaño como pargos, cabrillas, mojarras y hasta mantarrayas. En el verano, las familias del barrio disfrutaban de las tranquilas aguas de la ensenada, a la par que se protegían del ardiente sol bajo las frondas de los árboles.

El Manglito al igual que El Esterito son los barrios más antiguos de nuestra ciudad y deben su nombre a las características del terreno en el que se aposentaron sus primeros pobladores. En un plano de 1859 aparece el barrio de El Manglito separado por dos cañadas, al extremo sur de la ciudad, colindando con la playa. Por su configuración geográfica abarcaba mas o menos desde la actual calle Serdán, al Este, entre Márquez de León y Nayarit. Ahora, en los nuevos planos de nuestra capital este barrio está limitado por la calle Abasolo por las calles Cuauhtémoc hasta la Nayarit.

Hablar del Manglito es referirse a las familias que durante muchos años han habitado esa zona y que hicieron de la pesca su forma de vivir. Y de la única empresa constructora de barcos conocida años atrás como el “Varadero Abaroa” propiedad de la familia de don Alejandro Abaroa Gil. Trabajadores del mar como Vicente Albáñez, Juan Pablo Mayoral, Ramón y Angel Jordán, Ramón Márquez y Ernesto Higuera. Referirse a Cipriano Martínez Lucero, mas conocido como el “Pano” quien tenía fama de ser el mejor lanzador del arpón caguamero, y de sus hermanos Ricardo y Enrique. Por cierto, fue el “Pano” el que se opuso a la construcción de la marina frente a su casa la que, aparte de contaminar el lugar dio al traste con la playa.

Platica doña Carolina Barrera, viuda de don Cipriano, que en vez de marinas, el gobierno debió continuar con el malecón aprovechando toda la zona de playas, no que ahora solamente existe una pequeña localizada entre las calles 5 de febrero y Cuauhtémoc, que es utilizada por un grupo

de pescadores de ese barrio. Y en efecto, la playa tiene unos cuarenta metros de larga y en ella se resguardan las pangas y los enseres de pesca.

Esta playa que colinda con un parque infantil—en buena hora construido—y los edificios de la zona naval, es el último refugio que queda a los pescadores de El Manglito. Precisamente por ello hace años están pagando al ayuntamiento por el uso y goce de ese espacio de la zona federal marítima. Por información de uno de ellos, el señor Ramón Márquez Escobar, se sabe que son 40 personas las que tienen ese permiso, con 20 embarcaciones de distinto calado. Pero el mismo Ramón muestra su preocupación por que no tienen una concesión formal extendida por SEMARNAT y puede llegar el día en que tengan problema por ello. Para evitarlo, es conveniente que todos los interesados se pongan de acuerdo y cubran el costo del permiso federal. Con ello asegurarán el derecho de su permanencia en ese lugar.

Los descendientes de los antiguos pobladores de ese tradicional barrio, entre ellos Guadalupe Jordán Flores, Prisciliano y Vicente Jordán Flores, Rafael Ruiz Lucero y Andrés Domínguez Álvarez, deben luchar por conservar ese patrimonio natural que es fuente de trabajo para ellos y, al mismo tiempo, mantener vivas las tradiciones y costumbres de sus familias, descendientes de aquellas que fundaron el barrio de El Manglito.

Lejos han quedado ya esos tiempos en que se disfrutaban de las playas y se hacían competencias en embarcaciones a vela desde el Manglito hasta el Esterito. Canoas de un solo tronco traídas del estado de Colima, como la que se exhibe a un lado de la playa mencionada y cuyo monumento erigido en el mes de julio de 1994 recuerda a los pescadores ribereños de Baja California Sur. Todavía en los años sesenta del siglo pasado se aprovechaba el “palmar de Abaroa” para los convivios oficiales. Tiempos idos donde solo el recuerdo constante de los manglitenses evitará que la sombra del olvido cubra esta importante historia de nuestra ciudad de La Paz.

¿QUIÉN FUE MODESTO C. ROLLAND?

En una crónica pasada hice mención de dos extranjeros que hicieron mucho a favor de las ciudades en que vivieron. Uno, Míster Nhal en La Paz y el otro, Míster Boone en Xalapa, Veracruz. Por cierto, la nieta del segundo, doña Carmen Boone Canovas, al enterarse del escrito, me envió por correo varias referencias de su abuelo, así como fotografías del estadio que él ayudó a construir. Pero, además, me dio la noticia de que el constructor de esa magna obra fue el ingeniero Modesto C. Rolland, de origen sudcaliforniano.

El apellido Rolland es muy conocido en nuestra ciudad, ya que la familia es numerosa y entre ella hubo maestros, capitanes de barcos e ingenieros. Muchos recordamos a los profesores María de Jesús y a David, integrantes de una generación de educadores entre los que se encontraban Julia García de Ojeda, Rosa Sánchez de Torreblanca Juan Gutiérrez Luque y Jerónimo Ahumada Armenta.

En 1925, el general Heriberto Jara, gobernador de Veracruz, le encargó al ingeniero Rolland la construcción del estadio de Xalapa, y el resultado fue una obra considerada como una de las mejores de América Latina. Ahí, en una placa que indica la fecha de la inauguración, se encuentra una frase del diseñador y constructor que dice: "Mexicanos, naturaleza y ciencia os ofrecen este templo; cultivad espíritu y cuerpo, pues solo las razas educadas armoniosamente guían a los pueblos"

La presencia del ingeniero Rolland en Xalapa me obligó a conocer más de este personaje sudcaliforniano, y el resultado fue descubrir uno de los hombres nativos de esta tierra que fue reconocido a nivel nacional y ocupó importantes cargos en el gobierno de la República. Durante el sexenio del general Lázaro Cárdenas fue Subsecretario de Comunicaciones y Obras Públicas y Secretario de Economía en la época del presidente Manuel Ávila Camacho. Durante muchos años fue Gerente de Puertos Libres Mexicanos, y estando en ese puesto construyó un barco de cemento que se utilizó para acarrear agua entre San Juan de Ulúa y el puerto de Veracruz. Además, el ingeniero Rolland fue el constructor del coso taurino "Plaza México" en la capital de nuestro país.

Desconocemos gran parte de su vida, aunque sabemos que siendo estudiante de la Universidad de México, las fuerzas revolucionarias zapatistas lo ocuparon en la construcción de obras hidráulicas, caminos y puentes. Y es que el ingeniero siempre tuvo inclinación a la política, como lo demuestra el hecho que desde su juventud haya sido miembro del Partido Antireeleccionista allá por los años de 1910 y 1911. Al paso de los años, luego que terminó sus estudios profesionales, en 1918 fue electo diputado representando a Baja California Sur, teniendo como suplente al señor Eduardo S. Carrillo, quien por cierto en 1914 había ocupado la jefatura política de nuestra entidad. Al terminar su representación popular se trasladó a la ciudad de Mexicali, y durante su estancia en ese lugar escribió un Informe sobre la situación económica y política del Distrito Norte del Territorio de la Baja California, mismo que ha sido publicado por la UABC.

Los padres de Modesto César fueron Juan Francisco Rolland y doña Jesús Mejía. Sus hermanos fueron Amelia, Ana María y Guzmán. El ingeniero. Hasta lo que hemos logrado saber, tuvo cuatro hijos educados en la ciudad de México. Fallecido en 1965, sus restos descansan en uno de los panteones de la capital del país.

Modesto C. Rolland, como otros muchos sudcalifornianos que buscaron más oportunidades en otros lugares de la República, merece se le recuerde por sus hechos, y si los méritos alcanzados son suficientes, que nuestro pueblo lo recompense colocando su nombre a una calle de nuestra ciudad o bien a una institución cultural o educativa, a fin de que las presentes y futuras generaciones valoren como se debe la obra de este personaje.

EL MALECÓN, IMAGEN DE LA CIUDAD

Falta poco para que el remozamiento del Paseo Álvaro Obregón quede terminado, pero con lo que se ha adelantado ya podemos contar con un malecón del cual podemos sentirnos orgullosos todos los paceños. Y todo esto gracias a la buena voluntad de las instituciones de gobierno y la iniciativa privada que no han cesado en sus esfuerzos para destinar recursos y terminar la obra.

Banquetas embaldosadas, glorietas, bancas de hierro labradas, monumentos y farolas forman un conjunto armonioso y dan a la imagen de esta zona de nuestra ciudad una nueva fisonomía que han reconocido propios y extraños. Hay que recorrer el malecón para darnos cuenta de ello, y después sentarnos a contemplar las tranquilas aguas de la bahía y los hermosos atardeceres que son incomparables.

Pero eso de recorrer el malecón es cosa vieja para muchos habitantes de La Paz. Hace un titipuchal de años — no menos de cincuenta — muchas personas acuden a este lugar para realizar sus ejercicios matutinos, especialmente la caminata. Sin importarles el frío o el calor, muy de mañana empiezan su recorrido y algunos no se conforman con llegar hasta donde termina el malecón, sino que se siguen de frente hasta El Coromuel, distante unos tres kilómetros. Los mas osados — yo diría los de mejor condición física — se dan el lujo de subir trotando la cuesta que llega al hotel La Concha y regresarse como si nada a su punto de inicio.

Yo siempre he admirado a esta clase de personas por su constancia y su buen estado de salud. Llueve o truene, como dice el refrán, allí están formando parte del paisaje con sus vestimentas multicolores. Algunos ya sexagenarios y otros de mediana edad, pero todos con alardes de juventud que se les envidia. Como el profesor Enrique Estrada Lucero, quien ya no se cuece al primer hervor, y sin embargo cada mañana camina y corre por largos trechos. Yo creo que transita unos cinco kilómetros diariamente, desde que sale de su casa, allá por Isabel la Católica y Legaspy, hasta que regresa.

No. Yo no camino. Nunca lo he podido hacer, a pesar de que lo he intentado varias veces. En su lugar me siento ante mi computadora y escribo mis crónicas y uno que otro artículo sobre historia y literatura. Y

cuando me critican por que no hago ejercicio, para defenderme les doy una respuesta un poco sin fundamento:--“Bah, acuérdense del licenciado Manuel Torre Iglesias que nunca lo hizo a pesar de vivir frente al malecón y se murió de viejo”. Y es que tiene mucho que ver las condiciones físicas de cada persona y su ritmo de vida. Pedirle, por ejemplo, a alguien de carnes magras que se ponga a dieta para adelgazar es un contrasentido. O uno excedido de pero que guarde reposo es un boleto a la eternidad.

Pero volviendo al tema del Paseo Álvaro Obregón y con referencia a los monumentos con que se esta adornando, debemos alabar a los artistas e instituciones que los han donado. Con las críticas naturales, lo cierto es que tanto el pescador, la reina del mar, la paloma botera –por lo gorda– y las vaquitas marinas forman un conjunto agradable a la vista y dejan recuerdos perdurables a las personas que las visitan.

A modo de sugerencia y por comentarios recibidos, sería conveniente levantar un monumento en el que se recordara a los primeros exploradores de las costas de la península como Cortés. Ulloa, Ortega y Vizcaíno. Todos ellos hicieron escala en La Paz e incluso trataron de formar una colonia permanente y, además, a ellos se deben los mapas y los informes sobre las características geográficas de esta región de México. Y aunque parezca controversial, fuera de todo chauvinismo, Hernán Cortés se merece un monumento por ser el fundador de esta ciudad.

LA REVOLUCIÓN DE FÉLIX ORTEGA AGUILAR

Eran las diez de la mañana y los primeros en llegar fuimos el doctor Carlos Zaragoza Cota y yo al lugar donde iba a tener lugar la ceremonia en honor del general Félix Ortega Aguilar, con motivo del 76 aniversario de su muerte. Dado que el acto organizado por el ayuntamiento de La Paz iba a empezar a las doce, tuvimos oportunidad de cambiar impresiones que fueron desde la soledad del lugar, la falta de señalamientos en el camino que va al rancho de Las Playitas, hasta la crítica por el olvido en que se tienen a los personajes que de una u otra manera aportaron lo mejor de sí mismos al bienestar de nuestra entidad.

Juntos recordamos las ceremonias de años atrás en las que, aparte de la gran concurrencia al acto, culminaba con una comelitona acompañada de bebidas diversas, sin faltar los grupos musicales. Era tradicional que en esa fecha—10 de diciembre—se invitara a los habitantes de las rancherías cercanas y muchos de ellos asistían en sus “bestias” vistiendo la típica “cuera”. Además, era obligado incluir en el programa la participación de un cantante el que, acompañado de su guitarra, entonaba la melodía Tierra de mis Amores, que era la preferida del general Ortega.

Cuando se acercaba la hora, fueron llegando los trabajadores del ayuntamiento quienes instalaron las carpas, las mesas del presidium, la sillería y el equipo de sonido. A poco hicieron acto de presencia varias patrullas con personal, la banda de música del Estado, la escolta de bandera y la banda de guerra. Y como todos los años, familiares del revolucionario sudcaliforniano como el licenciado Enrique y María Teresa, nietos directos de don Félix.

Comentaba el doctor Zaragoza que cada vez van siendo menos los asistentes al acto, como si el olvido fuera borrando las acciones y la importancia de esos hechos que tuvieron lugar en los años de 1913 y 1914. Pero quizá contribuye a ello la falta de una promoción adecuada y la invitación oportuna a esa ceremonia. Fueron pocos los asistentes y muchos de ellos explicaron que acudieron porque ya sabían que ese día se realizaba, aunque no sabían la hora.

En el transcurso del acto, el Oficial Mayor del H. XII Ayuntamiento de La Paz, orador oficial, hizo mención de las mujeres y los hombres que han enaltecido nuestra patria chica entre los cuales ocupa un lugar de honor el general Félix Ortega Aguilar. Su mensaje en el sentido de no olvidar jamás las acciones de ese ilustre sudcaliforniano seguramente fue bien aquilatado por el público presente, sobre todo por los estudiantes provenientes de la escuela primaria “General Félix Ortega Aguilar”.

Aunque han pasado ya muchos años de esos hechos relacionados con la Revolución Mexicana de 1910, todavía se hace necesario que se recuerden como parte de la historia regional, sobre todo porque trataron de evitar las injusticias, el abuso del poder y la búsqueda de un mejor país en el que la ley y el orden permitieran el bienestar de todos los mexicanos.

Y la ceremonia terminó. Aparte de los buenos propósitos para los años venideros a fin de que este acto recobre su antigua importancia, en la improvisada Rotonda como dijo el orador, sólo quedó una ofrenda floral sobre la tumba del general, y una corona de rosas donde reposa su nieto, el periodista y escritor Félix Alberto Ortega Romero. Y las reminiscencias de los que, con muchos años encima como el doctor Zaragoza y el autor de esta crónica, nos hemos solazado con las hazañas de nuestro paisano, quien con riesgo de su vida y la de sus familiares y amigos que lo acompañaron en la lucha, no dudó un instante en levantarse en armas para “desfacer entuertos” como el Quijote.

EL BARRIO DE EL CHOYAL

De vez en cuando escuchamos por la radio la hermosa canción “Rinconcito de La Paz” cuyo autor fue el periodista Rogelio Olachea Arriola. En ella hace alusión a los tres barrios tradicionales de nuestra ciudad, diciendo: *“ Esterito y el Centro/el Choyal y El Manglito/son los barrios que cantan/bonita tradición/son los barrios que dicen/ que tus gentes son buenas/y que tienden la mano/con cristiana ilusión.*

El Choyal, barrio que se formó allá por los años treinta del siglo pasado actualmente ha perdido su fisonomía y se ha convertido en una zona mas de nuestra ciudad en la que son pocos los residentes que recuerdan como era ese lugar hace setenta años. Don Jorge Salgado Castillo quien frisa ya los 83 años, recuerda que llegó al barrio en 1950 procedente de El Pescadero en compañía de su esposa, doña María del Socorro Cota Agramont. También Alberto Gómez Domínguez que vive sobre la calle Morelos, es uno de los residentes más antiguos ya que se aposentó en el barrio en el año de 1939. Otras familias con estancia mas reciente fueron los Alamillo, González, Monteverde y la del profesor Víctor Manuel Aguilar Gómez.

Tanto don Jorge como Alberto coinciden en sus recuerdos cuando afirman que a partir de la actual calle Félix Ortega todo era monte donde proliferaban los mezquites, los palos verdes, los ciruelos y claro, los choyales. Donde se levanta el gimnasio “Jorge Campos” era el ranchito de don Juan Osuna con vacas, gallinas y toda la cosa. En la manzana donde se encuentra ahora la tienda Ley había un establo de la familia Cornejo. En lo que hoy es la Secundaría No 1 sobre la calle Isabel la Católica estaba la huerta de Galván lugar ideal de los muchachos de esa época para hartarse de mangos, naranjas, guayabas y una que otra papaya.

La familia del profesor Alejandro Amador Amador —tiene ahora 76 años— vivía sobre la calle Félix Ortega y a los seis años ya prestaba sus servicios en la huerta de Cornejo, donde le pagaban según él “cincuenta centavos al mes y la escuela”. Como vivió gran parte de su niñez y juventud en el barrio de El Choyal, recuerda los nombres de otras familias de esos años, como las de la maestra Rita Toyos, Wenceslao Famanía, Anastasio Castro, Secundino Osuna y la de Pedro Avilés,

conocido comúnmente como “el olímpico”. El profesor Alejandro rememora con placer los días de Navidad y Año Nuevo por que doña Chepita, la mamá de Pedro, arreglaba un “nacimiento” sobre un montículo y se presentaban comedias alusivas a esas conmemoraciones. –Pero lo mejor—dice Alejandro—es que la señora nos regalaba los buñuelos que quisiéramos.

Cuando pregunté sobre los límites del barrio todos coincidieron en afirmar que ocupaba las manzanas comprendidas entre las calles Gómez Farías, Isabel la Católica, Morelos y 5 de Mayo. Aunque de hecho se extendía unas cuadras mas al sur, cerca de la 16 de septiembre. Por ejemplo, la familia de los profesores Atanasio y Eleazar Carrillo vivía –o vive—sobre la calle Marcelo Rubio esquina con Independencia. Y ellos siempre aseguraron que radicaban en el Choyal.

En la actualidad la identificación del barrio de El Choyal ha desaparecido y con ella muchas de las familias que lo habitaron. Por esa razón los recuerdos son confusos sobre todo en las delimitaciones de esa tradicional zona de La Paz. Incluso, en un plano comercial de nuestra ciudad del año pasado que ha tenido amplia difusión, aparecen los barrios de El Esterito y El Manglito pero olvida el de El Choyal. A lo anterior hay que sumarle el hecho de que por las calles Morelos, Hidalgo, Constitución y 5 de mayo, no existen ningún comercio, restaurant o changarrrro que ostente el nombre de este barrio. Lo mismo sucede con las calles Gómez Farías, Héroe de la Independencia, Josefa Ortiz, Primo de Verdad, Marcelo Rubio, Félix Ortega e Isabel la Católica.

Sería oportuno que cuando el ayuntamiento de La Paz instale la nomenclatura faltante en las calles de esa zona—Hidalgo, Morelos, Victoria, entre otras, considere la posibilidad de incluir en las placas que se colocan en cada esquina el nombre “Barrio de El Choyal” como un reconocimiento a las familias que lo fundaron. Pero, además, con el fin de recuperar la vida pasada de la sociedad paceña; para que las generaciones presentes y futuras reconozcan su propia identidad y puedan recordar la historia de nuestra centenaria ciudad.

DOMINGA G. DE AMAO
ESCRITORA DE ABOLENGO.

--Mamá, el profesor Reyes ya se está despidiendo. ¿No le vas a decir nada?—Y entonces con su débil voz le susurró a su hija Alba:--Dile que se acerque a la cama—Y ya a un lado de ella, alzó su delgado brazo, frunció sus pálidos labios simulando un beso, y acercando sus dedos a ellos me lo envió como si fuera una bendición.

El sábado pasado la visité en su tierra natal, San Antonio, porque un pariente suyo me había platicado sobre su estado delicado de salud que no le permitía levantarse de la cama. En efecto, se encontraba arropada en un grueso cobertor y sólo era visible su cara en la cual sobresalían sus ojos otrora luminosos y ahora opacados por la edad y el cansancio. Y es que la noble señora cumplirá 92 años el próximo veinte de este mes de febrero, una edad matizada por el amor familiar, por grandes satisfacciones y también, vida en fin, por diversos padecimientos.

No, no me reconoció de pronto. Escuchó mi voz cuando la saludaba, pero fue necesario que su hija le explicara quien era yo para agradecerme la visita. Después, fatigada, guardó silencio, y entonces la conversación a un lado de su lecho la compartí con los familiares presentes: su hija Alba y sus nietas Norma y Martha Amao Carballo y con la profesora María Luisa Carballo Olachea, quien había ido a saludarla.

Por supuesto nuestra plática versó sobre su estado de salud y las atenciones que ha recibido de muchas amistades, incluyendo una visita que le hizo hace poco tiempo el gobernador del Estado. Y es que doña Dominga, además de esposa y madre ejemplar, està considerada como uno de los valores culturales de nuestro Estado. Dedicada desde su juventud a la creación literaria es autora de varios poemarios, entre ellos el primero que se publicó en el año de 1974 con el nombre de "Confidente". Después siguieron "Íntimo", "Añoranzas", "Madrigales y Cuentos" y "Arco Iris"

En 1989, su nieta Teresa de Jesús Acuña González patrocinó la edición de una antología a la que llamó "Dominga G. de Amao, la poeta del Real de San Antonio". Y en 1998, Celso Garza Guajardo, de la

Asociación de Cronistas de Nuevo León, publicó el poemario “Ramillete” en el que se incluyen sus reflexiones y poemas. En el prólogo se lee: “Profunda y sabia es la lección literaria de doña Dominga G. de Amao. Su vida y su obra nos conmueven. Nos entrega ternura y fortaleza para vivir. El presente texto es una amable invitación a conocer las flores de su pensamiento...”

Durante la plática, toda ella referente a los trabajos literarios de doña Dominga y los reconocimientos a los que se ha hecho acreedora, la maestra Norma se refirió a la biblioteca de San Antonio que lleva su nombre, mismo que aparecía en un letrero en la fachada del edificio. Pero ahora que ha restaurado el local el letrero desapareció y no saben cuando lo repondrán. Ojalá y la delegación municipal o la Dirección de Cultura del Ayuntamiento tomen cartas en el asunto y veamos otra vez el nombre de la poeta engalanando ese centro cultural.

En el rato que pasé con doña Dominga, me causó admiración el gran amor de sus familiares hacia su persona. La ternura con que la cuidan, la manera cuidadosa como la arropan para resguardarla de estos tiempos de bajas temperaturas, con las voces acariciantes deseosas de transmitirle la tranquilidad y la confianza que necesita, los cuidados a que se ha hecho merecedora como esposa, madre, abuela y sobre todo por el orgullo que sienten el ser descendientes de una mujer ejemplar, poeta de fértil imaginación y un valor cultural de la literatura sudcaliforniana.

El día 20 de este mes doña Dominga cumplirá 92 años de edad. Lo menos que puedo hacer es enviarle un ramo de flores con una dedicatoria: “A la mujer de esta tierra por que ha sabido amarla a través de sus versos...”

FRANCIA Y LA HISTORIA SUDCALIFORNIANA

El viernes pasado, en la galería de arte “Carlos Olachea”, se presentó el libro “Vollage en Californie” que contiene el informe del astrónomo francés Chappe d’Auteroche con motivo de su viaje a la península a fin de observar el paso del planeta Venus por el disco solar, acaecido en el mes de junio de 1769. Este libro editado por el Colegio de Sinaloa trae el original en francés y la traducción al español.

Lo interesante para la historia sudcaliforniana es que Chappe, en su afán de cumplir con su misión científica, pagó con su vida y fue sepultado en San José del Cabo. Una epidemia, probablemente de tifus, hizo estragos entre la población indígena y tres de los investigadores se contagiaron y murieron. El resto volvió a Francia y a España, y fue Jean Pauly quien llevó el informe de Chappe a la Academia de Ciencias de París.

Cuando escuchaba al maestro Miguel Ángel Norzagaraz en la presentación del libro, recordé a otros personajes originarios de ese país europeo quienes en distintas épocas vinieron a la Baja California en busca de información científica o histórica, entre ellos Ulises Urbano Lassépas, Jean Francois Laperousse y León Diguét. El primero escribió un libro sobre la tenencia de la tierra al que llamó “Historia de la colonización de la Baja California, en 1859; el segundo hizo estudios de la flora y la fauna regionales y el tercero hizo los mismo, pero además escribió una obra en 1912 que lleva por título “Territorio de la Baja California, reseña geográfica y estadística”.

Y hablando de franceses, hace algunos meses conocí a uno de ellos, padre de una estudiante del CIBNOR, quien vive en la región de Normandia, un poco más al sur de la ciudad de Cherburgo. Cuando regreso a su pueblo natal, tuvo la gentileza de enviarme un folleto que se refiere a los cien días de la batalla de Normandia y el desempeño de las tropas aliadas en el día “D”. Nada más que fue cuidadoso de que la publicación estuviera en español.

Cuando agradecía su hija Lawrence el obsequio, le comenté que iba a buscar alguna información relacionada con la historia de la Baja

California pero en francés, para enviársela a su papá. Pero cuando hice recuento de las obras existentes solo encontré libros en español y en inglés, por lo que ya estaba por renunciar a mi propósito. Incluso solicité la ayuda de una buena amiga mía que radica en la ciudad de México y...¡albricias!, ella me platicó que estaba por presentarse un libro con textos en francés referente a la Baja California. Desde luego, era el informe de Chappe d'Auteroche, el mismo que se presentó hace unos días.

Tenía la mejor de las intenciones de adquirir un ejemplar del libro para obsequiárselo a mi amigo francés, como imposible por que llegaron tan solo cinco de ellos. De todas maneras, la licenciada Leticia Bustamante, en ese entonces directora del Instituto Sudcaliforniano de Cultura, al saber que la hija estaba presente en ese evento cultural, con toda gentileza le obsequió un de ellos.

Las mujeres y los hombres de cualquier nacionalidad que han llegado a la Baja California con fines altruistas o de investigación científica, merecen el reconocimiento de los habitantes de esta tierra. Y una de las mejores forma de recordarlos es reconociendo sus trabajos, tal como se ha hecho ahora con el astrónomo francés Chappe d'Auteroche. Con el auge que ha tenido en los últimos años la Astronomía, no dudamos de la futura existencia de un observatorio en la zona de Los Cabos, mismo que habrá de recordar al hombre que se sacrificó en aras de la ciencia.

En el ínterin, el Ayuntamiento de Los Cabos bien puede acordar que una calle lleve el nombre de este científico, aunque también puede llevarlo una institución cultural. Es lo menos que se merece Jean Baptiste Chappe d'Auteroche, quien a través de sus informes puso en un plano de actualidad a la península de la Baja California.

EL MALECÓN, IMAGEN DE LA CIUDAD

Falta poco para que el remozamiento del Paseo Álvaro Obregón quede terminado, pero con lo que se ha adelantado ya podemos contar con un malecón del cual podemos sentirnos orgullosos todos los paceños. Y todo esto gracias a la buena voluntad de las instituciones de gobierno y la iniciativa privada que no han cesado en sus esfuerzos para destinar recursos y terminar la obra.

Banquetas embaldosadas, glorietas, bancas de hierro labradas, monumentos y farolas forman un conjunto armonioso y dan a la imagen de esta zona de nuestra ciudad una nueva fisonomía que han reconocido propios y extraños. Hay que recorrer el malecón para darnos cuenta de ello, y después sentarnos a contemplar las tranquilas aguas de la bahía y los hermosos atardeceres que son incomparables.

Pero eso de recorrer el malecón es cosa vieja para muchos habitantes de La Paz. Hace un titipuchal de años — no menos de cincuenta — muchas personas acuden a este lugar para realizar sus ejercicios matutinos, especialmente la caminata. Sin importarles el frío o el calor, muy de mañana empiezan su recorrido y algunos no se conforman con llegar hasta donde termina el malecón, sino que se siguen de frente hasta El Coromuel, distante unos tres kilómetros. Los mas osados — yo diría los de mejor condición física — se dan el lujo de subir trotando la cuesta que llega al hotel La Concha y regresarse como si nada a su punto de inicio.

Yo siempre he admirado a esta clase de personas por su constancia y su buen estado de salud. Llueve o truene, como dice el refrán, allí están formando parte del paisaje con sus vestimentas multicolores. Algunos ya sexagenarios y otros de mediana edad, pero todos con alardes de juventud que se les envidia. Como el profesor Enrique Estrada Lucero, quien ya no se cuece al primer hervor, y sin embargo cada mañana camina y corre por largos trechos. Yo creo que transita unos cinco kilómetros diariamente, desde que sale de su casa, allá por Isabel la Católica y Legaspy, hasta que regresa.

No. Yo no camino. Nunca lo he podido hacer, a pesar de que lo he intentado varias veces. En su lugar me siento ante mi computadora y escribo mis crónicas y uno que otro artículo sobre historia y literatura. Y cuando me critican por que no hago ejercicio, para defenderme les doy una respuesta un poco sin fundamento:--“Bah, acuérdense del licenciado Manuel Torre Iglesias que nunca lo hizo a pesar de vivir frente al malecón y se murió de viejo”. Y es que tiene mucho que ver las condiciones físicas de cada persona y su ritmo de vida. Pedirle, por ejemplo, a alguien de carnes magras que se ponga a dieta para adelgazar es un contrasentido. O uno excedido de pero que guarde reposo es un boleto a la eternidad.

Pero volviendo al tema del Paseo Álvaro Obregón y con referencia a los monumentos con que se esta adornando, debemos alabar a los artistas e instituciones que los han donado. Con las críticas naturales, lo cierto es que tanto el pescador, la reina del mar, la paloma botera—por lo gorda—y las vaquitas marinas forman un conjunto agradable a la vista y dejan recuerdos perdurables a las personas que las visitan.

A modo de sugerencia y por comentarios recibidos, sería conveniente levantar un monumento en el que se recordara a los primeros exploradores de las costas de la península como Cortés. Ulloa, Ortega y Vizcaíno. Todos ellos hicieron escala en La Paz e incluso trataron de formar una colonia permanente y, además, a ellos se deben los mapas y los informes sobre las características geográficas de esta región de México. Y aunque parezca controversial, fuera de todo chauvinismo, Hernán Cortés se merece un monumento por ser el fundador de esta ciudad.

EL TRIUNFO Y EL MUSEO DE LA MÚSICA

El viernes 12 de diciembre de 2003 asistí al acto inaugural del Museo de la Música en la población de El Triunfo, lo cual me dio la oportunidad de saludar a antiguos amigos, quienes también asistieron a ese importante cultural. Ellos radican en la ciudad de La Paz pero tienen

raíces familiares en esa comunidad, lo que dio margen para hacer recuerdos de épocas pasadas y comentarios de lo que queda de un desolado lugar, antaño floreciente a la que no era ajena la actividad cultural, particularmente en el arte musical.

Allí, mientras se desarrollaba el programa preparado de antemano, observamos la casa que albergará el museo y nuestra imaginación retrocedió muchas décadas atrás cuando la compañía minera El Progreso explotaba los filones de oro y plata y mantenía una planta laboral de cientos y cientos de trabajadores que se utilizaban en las minas y en las haciendas del beneficio del metal. Había fuentes seguras de trabajo y las familias mantenían un nivel de vida mejor aún que en otros pueblos de la entidad. Y si a los trabajadores les iba bien, con cuanta más razón a los empleados de confianza y los directivos de la empresa que en su mayoría eran extranjeros.

Y fueron precisamente estos últimos los que, aprovechando sus relaciones con sus países de origen, trasladaron al Triunfo parte de sus costumbres, incluyendo desde luego el gusto por la música. Mobiliario, decorados, vestuario, preparación de alimentos y hasta un cierto comportamiento social, fueron señales inequívocas de la influencia cultural de los funcionarios extranjeros en esa época.

No era raro encontrar en los hogares de estas personas y de las que se dedicaban al comercio, salas estilo Luis XIV muy de moda en ese entonces. Y en cada una de ellas varios instrumentos musicales, sin faltar el imprescindible piano. Para la compañía minera le era fácil importar toda clase de productos, y el problema de la transportación se solucionaba con sus propios barcos que llevaban el oro y la plata a otros países.

Cuando la actividad minera decayó allá por los años doce del siglo pasado, la compañía El Progreso suspendió sus trabajos y la economía de El Triunfo se vino abajo. Muchas de las familias abandonaron el lugar y se fueron a radicar a La Paz y a la parte sur de la entidad. Sus hermosas casas coloniales quedaron deshabitadas por mucho tiempo y éste, que no perdona, las fue convirtiendo en ruinas. Los que se quedaron, trabajadores en su mayor parte, mantuvieron una tenaz lucha por su sobrevivencia, esperanzados en un nuevo auge de la minería que nunca llegó. Pero con ellos quedó el recuerdo de los buenos tiempos,

cuando el sonido armonioso de los pianos, los saxofones y los violines inundaban los espacios triunfeños.

Las raíces musicales de El Triunfo perduraron porque fueron parte inseparable de su cultura. Por eso, en el periodo de gobierno del general Francisco J. Múgica (1941-1945), se estableció una escuela de música en ese lugar, y de nueva cuenta esta comunidad se reencontró así misma. Ciro Beltrán, Plutarco Sánchez, Lázaro Sánchez, Felipe Navarro César Cota, Guadalupe Sánchez y Julián César Beltrán, organizados en un grupo musical, mantuvieron viva la llama de ese arte durante varios años.

Cuenta Julián que él llegó como maestro de música en 1946, y durante cinco años enseñó a tocar instrumentos musicales a los niños y jóvenes del lugar. En esos años la escuela primaria era de organización completa, es decir, tenía de primero a sexto grado, y el personal docente lo integraban Francisco Cota como director, Rosa Talamantes Arnaut, Conchita Avilés, Julio Arnaut y Sara Castro.

Ahora, con la inauguración del Museo de la Música, los viejos residentes de El Triunfo recordarán los tiempos idos, y las nuevas generaciones al visitar ese recinto justipreciarán a un pueblo que hizo del arte musical uno de los principales motivos de la convivencia humana.

NEMESIO VARGAS, UN DIPUTADO SINGULAR

En el periodo de 1928 a 1930, el ingeniero Nemesio Vargas fue diputado federal representando al Distrito Sur de la Baja California ante el Congreso de la Unión. Como en esos años las elecciones eran

responsabilidad del gobierno de la entidad, los candidatos se apoyaban en grupos de simpatizantes que hacían las campañas respectivas. Fue por eso que uno de ellos fue el ingeniero Vargas, quien había llegado del interior de la República para ocupar el cargo de Delegado de la Secretaría de Fomento, en los años de 1927 a 1928.

Se recuerda su paso por la cámara de diputados por que en una de las ocasiones que ocupó la tribuna legislativa propuso que en las modificaciones del artículo 113 de la Ley del Distrito y Territorios Federales, permanecieran los nombres de Mulegé, Comondú, La Paz, Todos Santos, San Antonio, Santiago y San José del Cabo, como los nombres de las Delegaciones de Gobierno en que se convirtieron los antiguos municipios. Gracias a su intervención esas denominaciones se respetaron desde 1929 hasta 1971.

Por cierto, fue en esa misma época, en 1931, cuando el licenciado Braulio Maldonado propuso que se modificara el artículo 113 a fin de que las cabeceras de las Delegaciones de San Antonio y Santiago se cambiaran a El Triunfo y La Ribera, respectivamente. La cámara de diputados aprobó la iniciativa, pero la de senadores seguramente la rechazó pues no se hicieron las modificaciones.

Corre la anécdota de que fue el ingeniero Vargas el culpable de la destitución del general Ruperto García de Alba, quien en 1932 era el gobernador de nuestra entidad. Resulta que cuando aquel terminó su periodo como diputado regresó a La Paz y en este mismo año compró una imprenta que instaló en el rancho de Las Playitas, con el propósito de editar un periodiquito de 4 páginas al que le puso el sugestivo nombre de “El Chile”, con el lema “No es Chile pero arde”.

En los primeros números criticó acremente al gobierno de García de Alba por malos manejos en su administración, lo que le ocasionó la predisposición del mandatario. En una ocasión, después que regresó de un viaje a la ciudad de México, dos espías, Andrés el careyero y Jesús Larios le informaron que el ingeniero se había hospedado en la casa del señor Inocencio Cosío, ubicada entre las calles Revolución y Juárez. Desconfiado por naturaleza, por la noche se subió a la azotea para dormir.

Y esa fue su salvación. Aprovechando la obscuridad, pues parece ser que Vicente Ibarra cortó la corriente de la planta de luz, un piquete de soldados se introdujo en la casa disparando sus armas y destrozando los muebles. Por fortuna no lo encontraron si no se lo escabechan. Los días siguientes permaneció escondido hasta hallar la manera de huir de la ciudad.

En la ciudad de México denunció ante las autoridades el atentado de que fue víctima al mismo tiempo que ponía en su conocimiento los abusos y arbitrariedades que se cometían con el pueblo paceño. De seguro se valió de la influencia del diputado Braulio Maldonado o del licenciado Luis I. Rodríguez, quien también fue legislador en ese periodo.

Corre la versión de que esa denuncia hecha por el editor de “El Chile” fue la causa de la destitución del general García de Alba y el nombramiento del también general Juan Domínguez Cota como gobernador del Territorio Sur de la Baja California. Posteriormente Vargas regresó a La Paz pues aquí tenía su familia. Estaba casado con la señora María Luisa Leyva, hija de la señora Mariana Navarro. Por cierto, uno de sus hijos que era aviador, se mató.

El periódico “El Chile” me hace recordar otros que se editaron en diversas épocas que llevaban nombres originales como “La Chispa”, “El Chisme”, “El Látigo” y “La Verdad”, todos ellos con una mordaz crítica a los gobiernos y la apatía de los ciudadanos. Tiempos de buenos y valientes periodistas, como bien lo dice nuestro estimado amigo Antonio Martínez Suárez.

LA ESQUINA CALIENTE DE GUAMÚCHIL

Hace dos semanas el maestro Manuel Flores Díaz Bonilla me presentó al señor Arturo Avendaño Gutiérrez, el cronista de Guamúchil, Sinaloa, quien vino a pasar unos días en esta ciudad. Tuvo la gentileza de obsequiarme los últimos

números de la revista “Brechas”, órgano de difusión cultural que desde el año de 1980 se edita en ese lugar bajo la dirección de Arturo.

Hace poco, y como una solicitud de mi parte, el señor Avendaño me envió por correo postal dos libros, uno que es la monografía del municipio de Salvador Alvarado, cuya cabecera es precisamente Guamúchil, y otro que trata de la lucha que mantuvieron los habitantes de esta comunidad para que esa región se convirtiera en un municipio más de Sinaloa.

Cuando le pregunté si la revista “Brechas” recibí apoyo económico de las instancias de gobierno me contestó que no, que desde un principio se ha mantenido con la colaboración de los guamuchilenses y la suscripción y venta de la misma.. Y que nativos de ese lugar, cuando cambian su residencia a otra parte del país, continúan aportando su apoyo económico a fin de que siga publicándose. Una prueba de ello es el de Alfonso Camacho Martínez quien radica en la población de Metepec, en el Estado de México, el que por cierto fue el poeta triunfador en los juegos florales del presente año, en Guamúchil. Como dato curioso, Alfonso estudió en el CICIMAR de esta ciudad de La Paz, y que yo sepa, nunca dio a conocer su numen de poeta.

En Guamúchil existe un edificio localizado en la intersección de las calles 22 de diciembre y Agustina Ramírez que fue construido en 1950. Convertido en local comercial ha tenido diversos usos, el último una ferretería propiedad del señor Avendaño. “ Si el visitante recorre el interior verá decenas de botes de pintura, rollos de alambre, estantes y un amplio mostrador. Pero en la esquina del inmueble descubrirá algunos libros de historia de Sinaloa y la revista “Brechas” en venta...”

Dicen que esta esquina se le conoced hace tiempo como la “La Esquina Caliente”, dado que es el centro de reunión de escritores, periodistas, historiadores y uno que otro político. Ahí se habla de todo y se aventuran fórmulas para componer el mundo además de que, cosa por demás natural, se habla de los defectos y virtudes del prójimo. Y Arturo, atento a todo, no desaprovecha la oportunidad para pedir colaboraciones a su revista a la par que invita a comprarla.

Aquí en La Paz no tenemos una esquina de esas características, pero si tenemos las bancas del Jardín Velasco donde, toda proporción guardada, un grupo de ociosos—léase jubilados—y uno que otro escritor o periodista, todas las mañanas se reúnen para comentar los incidentes de la víspera, contar el último chascarrillo y hablar de las personas ausentes y de que en mal momento pasan frente a ellos. Por esas bancas han desfilado Arturo Sotelo y Canett, José Alberto Peláez Trasviña, Alfredo González González, Carlos Domínguez Tapia,

Gustavo Farías Campos, Jesús Cota Rodríguez y los Ramones—Nonato Domínguez y Navarro Rubio.

También por allá de los años setenta en adelante, era común encontrar en una de las mesas del restaurante del hotel “Perla” a un grupo de comerciantes y empresarios, quienes aparte de hablar de sus negocios comentaban el progreso de La Paz ya que en 1974 nuestra entidad de había convertido en un nuevo Estado de la federación. De los que recordamos mencionamos a Miguel Pino Pallas, David Habiff Gregoire, Pedro Armenta, José Vizcaíno, Armando Santisteban, Jorge Scholnick, Rodrigo Ampudia y Jorge Navarro, algunos de ellos ya desaparecidos.

En alguna ocasión comenté de la importancia de estas reuniones de amigos y de cómo, con su participación, un tanto en serio y otro en broma, se van entretejiendo los problemas de una comunidad y las probables soluciones aplicables a cada caso. Ahora que los medios de comunicación nos inundan con sus noticias y tratan de formar corrientes de opinión según la conveniencia de cada uno de ellos, cuan conveniente sería que los asuntos pudieran discutirse por grupos de ciudadanos, como son los casos de la “esquina caliente” de Guamúchil y las bancas del Jardín Velasco.

LOS DOS MISTER

Hace algún tiempo doña Carmen Boone Canovas me mandó un recorte periodístico que da cuenta del homenaje que la ciudad de Xalapa rindió a William K. Boone, reconociéndole como un benefactor de esa ciudad veracruzana. Conocido cariñosamente como “Mister Boone”, a él

se debe en parte la reconstrucción de esa ciudad después del terremoto que la destruyó en el año de 1920.

Con su entusiasta y decidida participación logró la construcción del nuevo Hospital Civil, ya que el anterior había sido seriamente dañado. Fue impulsor de las vías de comunicación como las que unen a Xalapa con Veracruz, Coatepec y Banderillas y, sobre todo, la construcción del original camino a Macuitépetl en forma de espiral. Además, Mister Boone como un entusiasta del deporte, fue el principal propulsor de la construcción del estadio deportivo que fue el primero en nuestro país.

En una conferencia impartida por doña Carmen en la que dio a conocer la vida y la obra de su abuelo, presentó una colección de fotografías familiares y de cómo era la ciudad de Xalapa a principios del siglo pasado. Recuerdos de la época revolucionaria cuando Mister Boone fue considerado enemigo del gobierno de Huerta y tuvo que emigrar a los Estados Unidos. Al cabo de tres años regresó a su tierra al lado de los suyos y de los habitantes de esa ciudad que tanto amó.

Cuando doña Carmen me platicó de su abuelo, le comenté que aquí en La Paz también vivió un personaje llamado Arthur Charles Nahl, mejor conocido como Mister Nahl, allá por los años treinta del siglo pasado. Y que por coincidencia también fue un entusiasta promotor del deporte, especialmente del béisbol. Cuando era gerente de la tenería “Suela Viosca” —una de las principales fuentes de empleo a fines del siglo XIX y hasta mediados del XX— organizó un equipo de béisbol el cual se enfrentó en diversas ocasiones a las mejoras novenas de la República.

Pero a nuestra ciudad como a Xalapa le hacía falta un estadio, y por eso Mister Nahl se dio a la tarea de lograr su construcción con el apoyo de la iniciativa privada. Entre los años de 1940 y 1942 se levantó la antigua construcción que contaba con graderías y techo de láminas, en el lugar que hoy ocupa el nuevo estadio que por cierto lleva su nombre. Desafortunadamente, cuando en el año de 1967 el Presidente Gustavo Díaz Ordaz inauguró la magnífica construcción que tuvo un costo de \$ 4'730,000.00, Mister Nahl no pudo estar presente, ya que había muerto en 1944. Al respecto dice Francisco Arámburo en su libro Siluetas de Sudcalifornia: “El estadio hubiera significado para él la culminación de un anhelo largamente acariciado; la materialización de un sueño que

nunca vio convertido en realidad y si hubiera estado presente ante las imponentes graderías y las voluminosas moles de varilla y hormigón, no es difícil pensar que sus ojos, intensamente azules y expresivos, se hubieran humedecido y brillado con profunda emoción...”

Arthur C. Nahl murió en la ciudad de Los Ángeles y está sepultado en Berkeley, el lugar donde nació. Aquí en La Paz se había casado con doña Dolores Salas pero no dejó descendencia, salvo tres hijas de su anterior matrimonio que vivían en los Estados Unidos. Al contrario de Mister Boone, cuyo apellido de repite en varias familias veracruzanas — doña Carmen es un ejemplo de ello — el de Nahl desapareció con la muerte de este destacado empresario, filántropo e impulsor del deporte en Baja California Sur.

Dos hombres distanciados en la geografía, pero paralelos en el tiempo, que ofrecieron lo mejor de su vida al servicio de los demás: Mister Nahl y Mister Boone, sudcaliforniano uno, veracruzano el otro.

EL BARRIO DE LA ISLA DE CUBA, EN LA PAZ

En el centro de la ciudad de La Paz existe una zona limitada por calles que llevan los nombres de ilustres mexicanos que participaron en la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa, allá por los años de 1858 a 1867. De norte a sur están las calles Reforma, Santos Degollado y Melchor Ocampo. Y de Este a Oeste las calles de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano.

A un lado de la Degollado corre paralela la calle 16 de Septiembre, de vieja tradición ya que es una de las más antiguas de la ciudad, aunque antes se llamaba Calle Central, Medellín y Coras. Y esta calle debemos mencionarla, porque en la zona a la que me referí antes sirve de referencia para ubicar a un barrio que allá por los años de los cuarenta del siglo pasado se conocía como “La Isla de Cuba”. Aunque de hecho, el barrio solamente ocupaba la calle Guillermo Prieto, entre la Reforma y la Degollado.

En esa época, en la esquina de la 16 de septiembre y Guillermo Prieto—donde ahora se encuentra un taller de mantenimiento electrónico—existía una tienda cuyo propietario era el señor Marcos Pardo Uribe, de origen cubano. Seguramente a su comercio le dio el nombre de Isla de Cuba como un recuerdo de su nacionalidad. A los niños de ese entonces las mamás les decían:--ve a la isla de Cuba y compra un kilo de azúcar-- y así, poco a poco, a la zona se le designó con ese apelativo. Después, por razones ignoradas, la tienda desapareció y meses después se abrió de nueva cuenta pero ahora con el Chamaco Márquez como dueño.

Todavía a estas fechas son muchas las personas que recuerdan a las familias que vivían en esos años y que ahora, al paso del tiempo, muchas han pagado tributo a la madre tierra. Aquí recordamos algunas de ellas: Por la calle Guillermo Prieto radicaban don Ramón Ojeda y su esposa doña Flora Hernández, padres del profesor Salomón quien todavía vive y anda de paseo por España. Por cierto, cuando el profesor Néstor Agúndez trabajaba como maestro en la escuela primaria Ignacio Allende vivía con esta familia. En esa misma calle tenía su casa el señor Francisco Fiol Lara y su esposa Estefanía Manríquez López. Y de ahí salía todos los días su hijo Ricardo para dirigirse a la escuela secundaria José María Morelos y Pavón, y después a la Escuela Normal Urbana.

Durante muchos años, en la esquina con la Degollado, existió la cantina “La Adelita” de don Meño Urías, de gratos recuerdos para los jóvenes de esa época. Y un poco más arriba, pasando la 16 estaban los hogares de las familias Famanía, Lucero y de doña Chepa Manzano, especie de curandera que lo mismo levantaba la mollera de los niños, como libraba de empachos y hasta el mal de amores. Platican los que eran niños en esos años, que la señora tenía una hija de armas tomar, pues por cualquier mal entendido se agarraba a las trompadas. –Y era rebrava –aseguraban, quizá por que alguno le tocó las de perder. Pasaba lo mismo con los hermanos a quienes les decían “Los Camotes”, tan peleoneros que uno de ellos se metió a boxeador.

Pero en esa manzana de la Isla de Cuba, vivieron o viven también familias como la de don Felipe Rodríguez Becerril, Gregorio Amadeo Martínez, José Luis Galván y Doña Chayo, Epifanio Gutiérrez y Ramón Márquez Estrada y su esposa Rosaura Orozco, padres de los profesores Ramón y César que radican en Baja California. También hay que mencionar, por la calle Degollado a la familia de don Tacho Agúndez y su esposa la profesora Concepción Zumaya. Y frente a ellos los padres de José Antonio Avilés Sánchez, compañero nuestro en la escuela primaria. La casa todavía tiene su estructura original.

Un barrio más de La Paz pero lleno de recuerdos. En esos años todavía las calles eran de tierra apisonada, pero tanto la calle 16 como la Degollado eran de pura arena ya que por ahí corría el arroyo que bajaba de la parte alta de la ciudad. En ese tiempo todas las casas se surtían de agua de los pozos que se extraía, cuando había viento, utilizando los

molinos de ídem, y cuando no, por medio de sogas a cuyo extremo se ataba un bote o cubeta y se jalaban por medio de una rondanilla. ¡Vaya! Halar un recipiente de veinte litros no era cosa de juego. Y llevarlo después hasta el hogar distante a veces media cuadra resultaba una proeza.

Ahora en esa zona existe red de agua potable, tinacos a los que sube el agua por medio de motores y, en algunas casas, cisternas que guardan cinco o seis mil litros de agua para casos de emergencia. Ahora, muchas casas han desaparecido y en su lugar están otras como Plombybaños de La Paz, la terminal de autobuses que van a Los Cabos, una iglesia protestante y por la calle Ramírez el hotel Acuario. No cabe duda, la zona ha cambiado, no así los recuerdos de una época donde el barrio de la Isla de Cuba fue escenario de alegrías, tristezas y de esperanzas cumplidas. Díganlo si no, Ricardo Fiol, Ramón Márquez Orozco y Salomón Ojeda Hernández.

UNA TRADICIÓN SUDCALIFORNIANA: LA NAVIDAD

Aunque la celebración de la navidad tiene sus orígenes en Europa, con el tiempo llegó a América por conducto de los religiosos que acompañaron a los expedicionarios españoles y portugueses quienes, como en el caso de México, hicieron de la conquista una transformación de las creencias y costumbres de los pueblos indígenas. La navidad fue una de ellas, aunque sus ritos y fiestas características se entremezclaron con la forma de ser de los mexicanos, combinando elementos indígenas con los hispanos.

Navidad significa “natividad” o “nacimiento”, y en el mundo cristiano se refiere a Jesús, nacido en el pueblecito de Belén, supuestamente el 25 de diciembre del primer año de nuestra era. La celebración de las festividades navideñas lograron arraigarse profundamente en el pueblo mexicano a través de los nacimientos o “belenes” al estilo español y también de las llamadas “posadas” que es una costumbre propiamente mexicana.

En la celebración de la navidad intervienen, además de los nacimientos y las posadas, la preparación de los villancicos y las pastorelas que tienen sus particularidades. Los villancicos son poemas de carácter lírico, religiosos o profanos, que pueden ser cantados y bailados. En cambio, las pastorelas son expresiones teatrales que describen las dificultades que tienen que enfrentar los pastores para llegar a la adoración del niño Jesús que ha nacido en Belén. En el camino tienen que luchar contra los demonios que representan los 7 pecados capitales. Se trata de una confrontación entre el arcángel San Miguel con Lucifer el que, al final, sale derrotado.

En nuestro Estado la navidad es una tradición de hace muchos años atrás, en especial los nacimientos. Hace cien años o un poco más, muchas familias paceñas los presentaban acompañados de cantos religiosos y pastorelas. En los años 20 del siglo pasado era famoso el nacimiento que preparaba doña Chepita Guerrero, vecina del barrio de El Choyal. Y ahora son muchos los hogares que lucen

en sus patios o en sus interiores estas manifestaciones religiosas, adornadas según sus posibilidades e ingenio.

Los nacimientos, las posadas, los villancicos y las pastorelas forman un todo que se resume en la celebración de la navidad. Pero, además, en varios estados de nuestro país, sobre todo los de la parte norte, la navidad coincide con el reparto de regalos para los niños — y también para el resto de la familia — como una costumbre que tiene su origen en el famoso Santo Claus y su trineo jalado por renos y cargado de regalos. Además, no pueden faltar los arbolitos de navidad adornados con luces multicolores debajo del cual se colocan los regalos para la familia. O de árboles gigantes como el que se expone en la explanada del Palacio de Gobierno. Y con los adornos alusivos en toda la ciudad que reflejan su entusiasmo navideño.

No debemos olvidar la celebración del “día de Reyes” que tiene lugar el 6 de enero. Según la tradición cristiana, ese día los tres reyes magos Melchor, Gaspar y Baltasar, llegaron a Belén para ofrecerle al niño Jesús tres regalos: oro, incienso y mirra simbolizando su origen real, su divinidad y su sacrificio. Este día, en los Estados del centro y sur del país, los reyes magos son los encargados de regalar los juguetes a los niños.

En nuestra ciudad, a partir de los primeros días de diciembre el espíritu navideño comienza a materializarse en los comercios, en los edificios públicos, en los hogares y... en los bolsillos de los padres de familia. Pero todo es permitido por que son tradiciones antiguas conservadas amorosamente por el pueblo mexicano y, en especial, por el pueblo sudcaliforniano.

LA BAHÍA DE LA VENTANA Y EL BARCO HUNDIDO

Custodiada por la isla de Cerralvo, la hermosa bahía de La Ventana se inicia en el pueblo de El Sargento y después de recorrer 25 kilómetros de playas de blanca arena, termina en el faro de Punta Arenas, pasando a la mitad de esa distancia por un lugar conocido como “La Bocana”, y ya cerca del faro por una playa conocida como “El barco Hundido”.

La bahía de La Ventana fue conocida desde el siglo XVI por los primeros navegantes españoles, entre ellos Hernán Cortés, Francisco de Ulloa, Sebastián Vizcaíno y el almirante Isidro de Atondo y Antillón, quienes en sus viaje a la bahía de La Paz —fundada en 1535 por Cortés— y por la costumbre de explorar las costas, de seguro recorrieron todo el litoral de La Ventana.

Por la comunidad de La Ventana, en el siglo XVIII, salían los cargamentos de oro y plata que eran producidos por las minas de El Triunfo y San Antonio, explotadas por el legendario Manuel de Ocio. Y en el siglo XX, durante la revolución mexicana, este lugar fue utilizada para el traslado de tropas, armamento y víveres a favor o en contra de los revolucionarios encabezados por el general Félix Ortega Aguilar.

Rica en especies marinas, la bahía ha sido aprovechada por las cooperativas pesqueras de El Sargento y Agua Amarga, además de que los habitantes de esas comunidades junto con los de San Juan de Los Planes, Juan Domínguez Cota y San Pedro México aprovechan sus tranquilas aguas y limpias playas para disfrutar de ellas los fines de semana. En vacaciones de fin de año y semana santa, es notable el gran numero de visitantes que acuden a esos lugares, incluso para vivaquear durante varios días.

Hace varios años gran parte de las tierras que rodean a la Bahía de la Ventana fueron vendidas, sobre todo las que se encuentran en la zona de La Bocana y Punta Arenas, cuyo propietario es el norteamericano Kerry Roger que es dueño de 4 mil hectáreas y que son las que poseen las más hermosas playas de la bahía. Actualmente los cerca de 10 kilómetros de esas playas se pueden recorrer en vehículos de doble tracción ya que la brecha pasa por entre los médanos de la costa.

Y a mitad del recorrido se encuentran los restos de un barco que encalló debido a los vientos originados por el ciclón Paúl, en 1982. Platican los señores Pantaleón Geraldo y José María González, residentes de Agua Amarga, que la nave se llamaba “Cedros” y transportaba un cargamento de latas de atún, supuestamente proveniente de Isla de Cedros, donde existe una empacadora de ese producto. Huelga decir que las familias de la zona degustaron atún durante muchos días, ya que Filiberto Meza Geraldo fue testigo de ello. Y como anécdota se cuenta que ese día del ciclón nació un niño al que bautizaron precisamente con ese nombre.

Hará cosa de 10 años, parte del casco de la embarcación y maquinaria aún permanecían varadas en la playa. Pero los constantes vientos y las marejadas lo fueron destruyendo, y ahora solo existen fragmentos dispersos de lo que fue un barco que surcaba las aguas del Océano Pacífico y el Golfo de California. Como recuerdo de ese naufragio queda la playa conocida como “El barco varado”

Por cierto, el uso y disfrute de las playas de esa zona de la Bahía de la Ventana ha sido motivo de querellas motivadas por el cierre de los accesos a esos lugares, los que por siempre han sido parajes de los pescadores de las comunidades cercanas a la costa. Con la intervención directa de las autoridades municipales en apoyo a un legítimo derecho de esos trabajadores del mar y con la buena disposición del dueño de esa extensa propiedad, se permitirá la entrada a todas las personas, ya que en esencia las playas no pueden ser enajenadas y mucho menos privatizarlas.

Por lo demás, y esto lo decimos con conocimiento de causa, los visitantes a las playas de la bahía deben ser cuidadosos y no dejar basura durante su estancia. En el recorrido que hicimos por esa zona —la que por cierto tiene varios letreros indicando que es propiedad privada— encontramos todo tipo de desperdicios y peor aún, en la playa hornillas improvisadas con piedras y las manchas de carbón que rompen la belleza inmaculada de las suaves y blancas arenas. Sí, defendamos lo nuestro, pero cuidemos su conservación ecológica y ambiental.

EL ESTERITO, VIEJO BARRIO PACEÑO.

Leonardo Reyes Silva *

Nadie sabe con certeza en que época se formó el barrio de El Esterito, aunque ese nombre se le dio por que en esa zona de la ciudad había una entrada de agua de mar con sus riberas pobladas de mangles. Era un pequeño estero que llegaba a la altura de la calle Altamirano y que hoy está convertido en un canal pavimentado, construido para proteger las viviendas que se edificaron en sus márgenes y, el mismo tiempo, para que las aguas que fluyen impetuosamente en tiempos de lluvias lleguen libremente hacia la bahía.

Algunos estudiosos, entre ellos Manuelita Lizárraga, dicen que el barrio se formó en la tercera década del siglo XIX, aunque existen otros indicios que ubican su creación en la segunda mitad de ese siglo. Al menos unos de sus fundadores, el señor José María, procedente de El Bacatete, llegó por el año de 1850, atraído por el buceo de perlas. Con el tiempo, esta persona de origen yaqui cambió su apellido por Ortega y era el padre del general Félix Ortega Aguilar.

Un visitante de La Paz que llegó a La Paz en el año de 1892, refiere que un numeroso grupo de yaquis—unas cien familias, dice—llegó a nuestra ciudad huyendo de la persecución del gobierno y se establecieron a todo lo largo de la playa norte, dedicándose al buceo de perlas y la pesca en general. Todavía en los años cuarenta del siglo pasado tenían sus viviendas en las cercanías del malecón, tal como lo refiere un antiguo habitante de este lugar. Se ignoran los motivos por los cuales cambiaron sus residencias a las partes más altas del pueblo, aunque es dado suponer que lo hicieron para evitar las mareas y, es una hipótesis, porque hubo quienes les compraron a buen precio sus posesiones.

Lo cierto es que las primeras familias que llegaron, entre ellos los Calderones, Cienfuegos, Lucero, Valenzuela y otros más, ninguna tiene sus casas frente a la bahía, aunque sí cercanas a ella. Lo que permaneció en la playa fueron sus artes de pesca y todavía en el presente pueden observarse en esa zona un buen número de embarcaciones a cargo de las nuevas generaciones de los habitantes de El Esterito. Cuando se amplió el malecón hubo la idea de retirarlas del lugar, pero pudo más la tradición que la supuesta mejoría del paisaje. Se olvidaba que los habitantes del Esterito y sus medios de vida forman parte inseparable de la identidad paceña.

Como todo grupo de inmigrantes, cuando llegaron a La Paz las familias sonorenses trajeron sus costumbres, sobre todo en el arte culinario y su folclore. Sus platillos eran el pozole, los tamales de elote, la carne de res machacada y frita llamada “guaca-poponi” y el “guaca-vaqui”, una especie de puchero de carne cocida con garbanzo, arroz o trigo. Desde luego acompañados de frijoles fritos o de la olla, acompañados con tortillas de maíz o de trigo. Al principio debieron haber extrañado el mezcal y el sotol, bebidas muy de su gusto.

Y eran además estupendos bailarines: En las ceremonias religiosas, en los funerales o cualquier otra celebración como la semana santa, el día de muertos y el 12 de diciembre. Manuelita Lizárraga dice que los habitantes de La Paz acudían con gran alegría a mirar las presentaciones que hacían en el Jardín Velasco y el kiosco del malecón. En esos lugares con destreza bailaban la Pascola y la Danza del Venado, al son del arpa y del violín.

Pero con el paso del tiempo esas costumbres se terminaron en el barrio de El Esterito. Con un mal entendido regionalismo, tanto las instituciones culturales como los propios habitantes de la ciudad fueron relegando esas manifestaciones artísticas y hoy, son pocos los que las recuerdan. Aunque a decir verdad valdría la pena revivirlas, sobre todo por que forman parte de un interesante pasado en el que un grupo de mexicanos provenientes del Estado de Sonora, vinieron a La Paz para contribuir con su esfuerzo y trabajo a su progreso.

El barrio de El Esterito no sólo debe ser un recuerdo para las presentes y futuras generaciones paceñas. Aunque transformado en lo material por el paso obligado del tiempo, sus habitantes, muchos de ellos descendientes de aquellos que llegaron a mediados del siglo pasado, deben reencontrar sus raíces que son, al fin y al cabo, los rasgos más genuinos de su procedencia. Y con el apoyo de las dependencias culturales y educativas, oficiales o privadas, revivir esas costumbres que fueron el distintivo de ese antiguo barrio de la ciudad de La Paz.

* Cronista municipal

UN LIBRO Y EL TORNEO DE PESCA

Guillermo Castro Miranda, un viejo residente de Santa Rosalía, mejor conocido como “Memo Playa”, se le ocurrió de pronto escribir sus experiencias como pescador que lo fue allá por los años de 1940, sin olvidar sus vivencias de niño y de joven en ese pueblo minero de Baja California Sur. El año pasado el Instituto Sudcaliforniano de Cultura le publicó su libro al que llamó “Memorias de un Cachanía”.

Con una prosa ágil no exenta de atropellamientos, el autor revive las costumbres y medios de vida de esa época haciendo mención de personas, algunas de las cuales le ayudaron a sobrevivir dadas las carencias económicas de su familia. Los relatos están llenos de picardía y algunos de ellos con expresiones no aptas para mentes inocentes, pero dada la sinceridad de Guillermo aumentan su interés.

A los once años, Memo Playa se inició en el duro trabajo de la pesca contratado por un viejo pescador llamado David. Su calidad de grumete lo obligaba remar la mayor parte del tiempo, alternando con periodos de descanso cuando el viento impulsaba el chalupín a través de su vela. Ese primer día de pescador conoció diversos sitios entre ellos El Contrabando, Las Tinajitas, el campo pesquero La Reforma, El Morro Prieto, La Anita y la Ballenita.

Desde sus primeros días, Memo fue un observador atento de los instrumentos utilizados para la pesca. Así, da cuenta de las fisgas, los arpones, las cimbras tiburoneras y desde luego, la pólvora. Pronto aprendió a tirar la fisga y el arpón y con el tiempo se convirtió en el mejor arponero de la región. A propósito relata que en una ocasión arponeó un tiburón amarillo de gran tamaño que arrastró el chalupín como si nada, y después se acercó y furioso comenzó a morder la proa de la embarcación, dejando parte de sus dientes incrustados en la madera.

Y este libro lo recordé el domingo pasado cuando observaba el marlin negro de 294 kilogramos que un competidor del torneo organizado por Teléfonos de México, logró pescar en las aguas de la isla

de Cerralvo. Según referencias, la captura se hizo con caña y una línea delgada por lo que tardaron más de siete horas para tenerlo a bordo. Huelga decir que cuando estuvo en el sitio adecuado para conocer el peso del animal, muchos se retrataron a su lado en un afán de compartir la alegría de tal hazaña. No, yo no me retraté, aunque si me tocó un trozo de carne de ese hermoso animal.

Y hablando de percances en el mar, y en alusión a lo sucedido con Memo Playa, me platicó el buen amigo Màximo Rubio Ruiz, maestro jubilado, que en una ocasión dos pescadores anzuelaron un marlin de buen tamaño, y mientras lo “cordeleaban” se les fue encima perforando el fondo de la panga con su pico, con tan buena suerte que se le quebró y la parte que se incrustó en la madera sirvió como tapón, lo que les permitió llegar a la costa. De no haber sido así, se hubieran hundido sin remedio, pues el agujero era de buen tamaño.

Cosas del mar que suelen suceder y que dan la medida de lo peligroso que puede ser el oficio de pescador, aunque ahora con las modernas embarcaciones de fibra de vidrio de 22 pies o más, y con motores de alta potencia las vicisitudes en el mar son mínimas. De todas formas es interesante conocer como era la pesca en los años cuarenta del siglo pasado, tal como lo relata Guillermo Castro Miranda.

URBANO ANGULO Y EL SEMITO

No cabe duda que una cosa lleva a la otra. Lo digo por que interesado en encontrar el lugar donde pasó sus últimos años el famoso caballo de carreras “El Semito”, visité el rancho San Isidro de las Palmas propiedad de la familia Angulo, ya que por referencias sabía que el último dueño del animal había sido el señor Alejandro Angulo Hiraes quien lo tuvo a su cuidado hasta que murió en el año de 1970.

En el rancho me atendieron dos hijas de don Alejandro quienes me mostraron varias fotografías del caballo, a la vez que me explicaron la razón por la cual perdió la carrera con su contrincante EL Juguete. El Semito siempre había competido en tramos de 250 metros y siempre había ganado por lo que llegó el momento en que se quedó sin rival. Fue por eso que cuando a sus dueños los retaron con la condición de competir en los 300 metros aceptaron de inmediato confiados en la velocidad nunca superada de su caballo. Lo que nunca supieron es que el Juguete, además de ser un famoso caballo de carreras del norte del país, era especialista en esa distancia. El resultado fue que El Semito perdió y con ello se perdieron también grandes capitales que se apostaron a su favor.

San Isidro de las Palmas es un rancho que se localiza a la altura del kilómetro 38 de la carretera al norte, rumbo a la costa. En el trayecto se encuentra el poblado de Reforma Agraria No. 1, un ejido cuyos primeros pobladores fueron Guadalupe Barajas, José Noriega, Enrique Alcaraz, Emilio Madrigal, Erasmo Urueta y otros más. En una pequeña comunidad que tiene agua potable, energía eléctrica, escuela primaria y servicio telefónico. Y a escasos cinco kilómetros se encuentra el rancho de referencia.

Sabía que la familia de ese lugar tenía parentesco con el teniente coronel Urbano Angulo Manríquez, un hombre revolucionario que participó en la lucha contra la dictadura de Victoriano Huerta. Y estaba enterado también de su gestión administrativa cuando en 1915, el gobierno central lo designó —era Mayor— como Comandante Militar del

Distrito Sur, cuando una asonada quitó del gobierno al general brigadier Félix Ortega Aguilar.

No se sabe mucho de la carrera militar de Urbano Angulo, pero hay indicios de que estuvo al servicio del régimen porfirista, al igual que el general Agustín Sanginés quien durante 9 años fue el Jefe Político de nuestra entidad. Cuando los revolucionarios encabezados por don Francisco I. Madero echaron abajo el gobierno de Porfirio Díaz, estos dos personajes se sumaron a las fuerzas constitucionalistas. Sanginés obtuvo el gobierno del Estado de Hidalgo y Angulo fue designado por José Obregón—hermano de Álvaro—para que viniera a hacerse cargo del entonces Distrito Sur de la Baja California.

Angulo estuvo al frente de la entidad del mes de julio de 1915 al mes de octubre de 1916, periodo en que su gobierno se distinguió por acabar con los últimos reductos de la fuerzas orteguistas, encabezadas por el capitán Félix Justino Ortega Núñez. En su afán de justificar su nueva lealtad a Venustiano Carranza, el doctor e historiador Francisco Javier Carballo dice de él lo siguiente: “En verdad y curiosamente siempre ha sido un hombre leal y su figura pública merece un profundo estudio psicológico, para entender como un individuo salido del medio rural, cumplidor, disciplinado, es capaz de ensañarse visceralmente en un tarea de persecución y exterminio en contra de quienes son, desde el punto de vista social, iguales a él y a sus parientes, con intereses sumamente parecidos.”

Olvidó el autor del libro “La revolución de Ortega” que eran tiempos de guerra y Angulo se oponía a las fuerzas representantes del villismo ahora enemigos del grupo carrancista. Leal a su modo, hizo todo lo posible, incluso autorizar fusilamientos, para acabar con la resistencia de los rebeldes al gobierno. Aún así, no pudo con ellos, pues Ortega Núñez y su contingente se dirigieron al Distrito Norte de la península donde encontraron la protección del jefe político coronel Esteban Cantú.

Al terminar su mandato, Urbano Angulo ya con el grado de Teniente Coronel, se concentra a la ciudad de México donde desempeña diversas comisiones militares. Años después regresa a La Paz para morir el 1º de noviembre de 1936. Sus restos están sepultados al lado de su esposa Expectación Hiraes, en el panteón de los San Juanes.

